

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL LIMITE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL LIMITE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Ellos. — Marcus Sidéreo,
2. — Mercado de hubots.—Clark Carrados.
3. — Invasores invisibles. — *Ralph Barby*.
4. — Detective en el tiempo.—*Curtis Garland*.
5. — El asteroide maldito. — *Glenn Parrish*.

MARCUS SIDEREO

EL LIMITE

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n°
223**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 37.980-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1974

© **Marcos Sidéreo - 1974**

texto

© **Enrique Martín - 1974**

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todos los personajes
y entidades privadas
que aparecen en
esta novela, así
como las situaciones
de la misma, son
fruto
exclusivamente de
la imaginación del
autor, por lo que
cualquier semejanza
con personajes,
entidades o hechos
pasados o actuales,
será simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Nadie podía pasar el Límite, quienes lo intentaran, quedarían irremisiblemente condenados...

La llamada urgente se escuchó por todos los corredores del Centro.

Las opacas paredes metálicas del laberinto subterráneo repetían el nombre:

—Urgente, urgente. Profesor Gorka, diríjase a Base Central.

Un vehículo deslizante se puso rápidamente en movimiento, haciendo sonar insistentemente la sirena.

El profesor Gorka, en pie, sujeto a la barra delantera del vehículo sin puertas, se dirigía a la Base Central, situada precisamente en el centro de aquel mundo subterráneo.

La rapidez del vehículo, que al llegar a los corredores más concurridos halló vía libre, permitió a Gorka personarse en el lugar donde había sido llamado. Era la sala control de Naves Experimentales.

El monitor jefe le hizo una señal y Gorka se dirigió rápidamente a la pantalla, donde un punto de luz avanzaba hacia una línea azul.

—Es el piloto Yamata, profesor. No contesta a nuestras llamadas, pero creo que las recibe.

—¡Mi hijo! —exclamó el profesor, siguiendo la trayectoria de aquel puntito cada vez más próximo a la línea azul.

—Por eso le he llamado, profesor. Tal vez a usted le conteste.

—¡Insensato! Se dirige hacia el Límite. ¡Deme eso!

El monitor jefe le entregó una especie de aparato microfónico, al tiempo que manipulaba unos botones.

—Ya puede hablar —dijo el monitor.

—¿A qué distancia está?

—A sesenta y nueve puntos.

Gorka observó el cuentavelocidades decimal; cada diez décimas saltaba un punto de la cuenta atrás. En esos momentos estaba a punto de saltar el 68.

—Si no se da prisa, profesor... —empezó el monitor.

Gorka asintió:

—Me doy perfecta cuenta, pero temo que todo será inútil. Mi hijo es demasiado testarudo. —Y acto seguido, se encaró al aparato microfónico—. Profesor Gorka llamando a piloto Yamata... ¡Escucha, hijo! ¿Me oyes? ¡Contesta!

Junto al monitor jefe se encontraban otros técnicos, y todos estaban pendientes del receptor. El profesor insistió en su llamada:

—Profesor Gorka, llamando a piloto Yamata... Estás en el punto sesenta y siete. ¡Vuelve atrás! No debes cruzar el punto Límite... ¡Contéstame, Yamata!

El silencio continuó siendo absoluto, roto una vez más por la insistencia del profesor:

—¡Yamata! ¡Sé que puedes oírme! Todos los aparatos funcionan perfectamente. No hay error. ¡Contesta! ¿Qué te propones?

El cuentavelocidades había dado otro salto más. El punto indicado era ya el 65.

El silencio continuaba igual. El punto luminoso estaba ya a 64 de distancia del Límite.

—Lance una llamada de emergencia, monitor. Quizá exista algún fallo.

—Imposible, profesor. Ya lo hice antes. Las llamadas llegan perfectamente. Es evidente que no quiere contestar.

—Sabe que va directo a la muerte —comentó el profesor, impotente.

E intentó de nuevo llamar la atención al piloto, cuando ya el punto del cuentavelocidades estaba en el guarismo 62.

A bordo de la nave monoplaza, sin apenas espacio para moverse y aferrado a los mandos manuales, un joven piloto tenía la mirada puesta en el firmamento, mientras que alternativamente, observaba por su pantalla el punto donde se hallaba. Era el 60.

Llegó hasta él con perfecta nitidez la voz de su padre:

—Hijo. Lo que pretendes es absurdo. Debes dar la vuelta, ¿me oyes? Olvídate de Yuca. Nada podrás hacer por ella y tú lo sabes. Escucha...

De un manotazo, Yamata cortó la recepción. El cuentavelocidades de su nave marcaba el punto 57.

—Yuca —repitió para sí, y añadió—: La encontraré. Sé que no ha muerto. La encontraré. Desafiare el Límite. Lo decidí hace tiempo. Desafiare el Límite.

CAPÍTULO II

La primera expedición de turistas se dio por perdida precisamente al rebasar el punto cero de la línea imaginaria.

Tras las primeras investigaciones se pensó en un accidente, pero cuando una segunda expedición perdió el contacto justamente en el mismo punto que la anterior, se estableció la divisoria y nació el punto Límite.

Los jefes coordinadores de las rutas espaciales fijaron una línea en los detectores; a partir de esa línea no se podía pasar, y además mandaron a dos expertos para investigar.

Los expertos no regresaron.

Tampoco regresó la nave teledirigida que se envió posteriormente para recoger datos.

La consecuencia de todo ello fue inmediata: el punto Límite no debía ser atravesado bajo ningún concepto, a menos de poseer datos concretos que aseguraran un mínimo de esperanzas para regresar.

En los laboratorios científicos se estudiaron las posibles causas. Se buscó una explicación más o menos aproximada a lo que podía ocurrir más allá de ese punto fatídico, pero los técnicos no hallaron ninguna.

¿Cuestiones radiactivas?

Se dudaba al respecto, puesto que los adelantos habían suprimido los primitivos peligros.

¿Atmósfera adversa?

Tampoco era posible, porque se disponía de escafandras especiales.

¿Combustible?

Era óptimo.

No. No sé trataba de ningún fenómeno técnico. Lo que existía más allá del *Límite* debía ser algo más simple. Tan simple como pueda ser un enemigo que acecha y ataca por sorpresa.

El misterio proseguía por cuanto todos los que habían atravesado aquel punto, jamás habían regresado y la única explicación viable a falta de otra mejor era que tras aquella línea imaginaria existían enemigos a los que, era imposible vencer.

Yuca, una joven de largos cabellos y ojos grandes y hermosos había sido una de las desaparecidas en ocasión del primer viaje turístico, y desde ese momento, Yamata quiso averiguar por su cuenta lo sucedido en aquel viaje.

Yamata quería demasiado a Yuca para aceptar resignado su desaparición. Yamata había discutido en la junta de pilotos la idea de disponer de una escuadrilla completa, perfectamente armada y dirigirse hacia aquella zona y cruzarla.

Yamata deseaba rescatar a Yuca si es que todavía estaba con vida, y en su defecto, vengarse de quienes pudieran haberle causado algún daño.

La idea de mandar una escuadrilla completa no fue aceptada ni prosperó jamás; por eso el joven piloto, hijo del más famoso de los científicos aguardó pacientemente su oportunidad, Y la oportunidad había surgido con ocasión de un vuelo rutinario de observación.

Yamata marchó dispuesto a cruzar el punto Límite, aunque no habló de ello con nadie, ni siquiera a su padre.

Y ahora Yamata estaba ya muy próximo al punto cero.

No escuchaba las advertencias, los ruegos, las súplicas de su padre porque había cortado la línea.

Obsesionado en la idea de cruzar aquel punto misterioso, estaba solamente pendiente de su pantalla.

La velocidad de su nave monoplaça le permitiría cruzar bien pronto aquella imaginaria barrera, tras la cual se extendía el más profundo de los misterios.

En la base, el profesor Gorka se dejó caer en uno de los butacones. Comprendía que todo era ya inútil.

El cuentavelocidades del control indicaba el punto dos. En breves momentos, Yamata estaría al otro lado de «todo lo conocido».

Yonia y Stanislas aparecieron por una de las puertas de la Central. Ambos eran jóvenes. Yonia era hija del profesor y Stanislas pertenecía a la misma promoción de pilotos que Yamata, de quien era amigo íntimo, aparte de que le unía un gran afecto hacia Yonia.

—Me he enterado —dijo el piloto dirigiéndose al profesor Gorka.

—Ya todo es inútil —repuso el hombre, con la mirada puesta en el punto Límite.

En aquel instante el contador dejó caer el número.

Era el CERO.

En el espacio, Yamata observó con una sonrisa de triunfo su situación. CERO.

Acababa de atravesar la barrera de lo desconocido.

En derredor todo seguía igual. Exactamente igual.

Comprobó los mandos y observó que funcionaban a la perfección.

La situación quedaba reflejada sin error en la pantalla del itinerario.

La llamada pantalla de ruta reflejaba un vuelo correcto.

Nada pues había cambiado. Ni siquiera la atmósfera exterior que en el cuadro indicativo reflejaba el equivalente de «oxígeno respirable».

¿Dónde empezaba el peligro tras aquella línea imaginaria?

De pronto, los ojos de Yamata se fijaron en un punto lejano que

podía ver perfectamente desde el cristal visor. Graduó la pantalla y buscó una referencia.

El cerebro-piloto de la nave no dio ninguna respuesta. El punto no estaba programado en ningún mapa; sin embargo, seguía allí. Estaba allí, en la lejanía y se iba aproximando.

—Un planeta —dijo Yamata en voz alta.

Planeta o asteroide tenía algún poder de atracción y Yamata decidió dirigirse hacia aquel punto.

—Si el misterio está allí, pronto sabré de qué se trata.

No tardó mucho tiempo la nave en entrar de lleno en la zona de atracción del lugar.

Un lugar sin nombre en los mapas, pero se trataba de un planeta con oxígeno respirable.

Yamata observó en la distancia unos puntos en la superficie y no tardó en comprender que se trataba de un planeta habitado.

Poco después dejaba que su nave tomara *tierra* en el habitáculo desconocido.

Salió de la nave en un llano extenso y pisó un suelo idéntico al de su lugar de origen. Respiró profundamente y le agradó hallarse ante un oxígeno puro.

Estaba solo y comenzó a andar hacia la parte habitada, sin que por ningún concepto experimentara la menor sensación de peligro.

A medida que avanzaba hacia la zona poblada podía percibir el ruido de gentes, de vehículos; el ruido de la vida.

El plano por el cual caminaba era ligeramente inclinado en suave pendiente, vencida la cual llegó hasta el llano y ante sus ojos se extendió la ciudad.

Una ciudad llamativa, vistosa y extraña a la vez, pero sobre todo se le antojó que se trataba de una civilización muy atrasada. Tan atrasada que su recuerdo se perdía en la noche de los siglos.

Entonces escuchó la voz:

—Bien venido a «El otro Lado», amigo.

Yamata se volvió lentamente, con una extraña sensación. Su rostro palideció y un indescriptible terror se alojó en cada célula de su cuerpo.

CAPÍTULO III

Había transcurrido algún tiempo. Había transcurrido demasiado tiempo para pensar que Yamata iba a regresar.

El piloto había sido una víctima más del punto Límite. Así se consideraba y por ello se habían extremado las medidas de precaución.

Naves de guardia patrullaban constantemente la zona para

impedir que nadie pudiera contravenir la orden de cruzar aquel punto.

Cada piloto llevaba un detector especial de señales para intentar captar alguna llamada, pero hasta el momento nada se había recibido.

En el Consejo General se abordó el tema y Stanislas habló en nombre de los de su promoción:

—Pretender seguir ignorando la realidad, es absurdo. Todos nosotros deseamos «saber». No nos basta con que nos prohíban cruzar una línea para evitar un peligro. Necesitamos saber qué es lo que hay detrás de esa línea y combatir el peligro. Lo contrario es frenar nuestra expansión. Cerrar los ojos a la realidad y detener nuestro progreso.

El jefe supremo de la base respondió en el sentido de que comprendía los anhelos de los jóvenes y que en parte estaba de acuerdo con ellos, pero,,,

—...Ignoramos con qué armas se puede combatir lo desconocido y por ello somos conscientes del riesgo que el ímpetu juvenil puede entrañar. Si os permitimos nuevos vuelos atentamos contra vuestras vidas y a la par nos quedamos sin nuestros mejores hombres. No, Stanislas. Los vuelos más allá del punto Límite seguirán siendo prohibidos.

Tras la reunión, Stanislas conversó con el profesor Gorka.

—Comprendo tu afán, Stanislas. Sé de la gran amistad que te unía con mi hijo y conozco tus deseos de superación por servir a tu mundo, pero los jefes tienen razón. Traspasar el punto Límite, después de la experiencia conseguida, es demasiado temerario.

—Usted ya ha dicho lo que debía, profesor. Ahora hagamos lo que ambos venimos pensando hace tiempo.

Y los ojos de Stanislas se clavaron en los de Gorka, sin que ninguno de los dos despegara los labios.

* * *

La nave estaba preparada. La razón del viaje era el estudio de los microácidos espaciales y como jefe de la expedición figuraba el

profesor Gorka.

El piloto era Stanislas y llevaba como ayudante a Milkanik, un experto en su última fase de entrenamiento.

Milkanik se estaba preparando en la cabina cuando apareció Stanislas.

El joven ayudante mostró la lista a su jefe.

—Aquí está todo: esterilizador, herramientas manuales de emergencia, catalizador...

—Milkanik —interrumpió Stanislas—. ¿Te molestaría quedarte en la base?

—¡Eh! —protestó el joven, sonriendo—. ¿Qué estás diciendo? Me faltan un par de viajes para que me den la placa. No, jefe. No renuncio. Otro viaje más y...

—Milkanik, sé que puedo liarne de ti —cortó nuevamente Stanislas y su compañero se puso serio.

—Quieres dejarme fuera de esto porque pensáis atravesar el Límite. Es eso, ¿verdad?

—Pero, ¿cómo..,?

—No. No temas. Nadie lo sabe, pero lo he adivinado. Para un viaje vulgar, el profesor no te hubiese elegido a ti. Eso puede hacerlo cualquier secundario.

—Milkanik...

—No diré nada, jefe, pero quiero ir.

—Es demasiado peligroso.

—Si dispusiera de una nave a mí cargo, ya estaría al otro lado.

—Lo siento, no puedo correr con la responsabilidad. Te quedarás aquí. Es una orden.

—Pero...

Stanislas salió de la cabina acristalada, cerró la puerta herméticamente y buscó el conmutador de seguridad, oculto tras un

hueco cerrado con una puerta. Accionó el botón y la puerta quedó totalmente impracticable. No se podía abrir desde el interior. La luz, cortada, impedía que nadie pudiera ver a Milkanik desde el corredor.

Rápidamente, Stanislas se personó en la base de salida. Gorka estaba al pie de la nave.

—Podemos irnos, profesor. Milkanik se encuentra indispuerto y para este viaje no precisamos de ayudante. —Lo dijo en voz alta para que su voz fuera captada por el monitor de servicio.

El monitor pidió instrucciones a través del receptor. No hubo problemas y el piloto subió a la nave, tras el profesor.

—¿Todo arreglado? —inquirió Gorka.

—Sí, profesor.

La señal de partida en forma de un sistema de luces, empezó a funcionar. Era la cuenta atrás para la puesta en marcha de la nave propulsada desde la base para facilitar el ahorro de combustible en la fuerza de escape.

—Misión Microácidos a punto de escape —dijo la voz magnetizada a través de los receptores.

En el control, el monitor jefe manipuló las palancas. Sólo faltaba el toque final.

En la cabina del corredor, Milkanik golpeaba frenéticamente los cristales, pero el ruido de los golpes ni siquiera traspasaba el grosor del vidrio metalizado.

Los que pasaban por el corredor no reparaban en la presencia del copiloto encerrado.

Stanislas estaba a punto para el despegue.

—Avisaré para que liberen a Milkanik cuando estemos en línea con el punto Límite.

El profesor asintió.

—¿Preparado? —inquirió la voz a través del receptor.

—Cuando quieras —repuso Stanislas.

—Mi hija también quería venir. Lo sabes, ¿no? —comentó Gorka.

—Sí. Insistió en que la llevara, pero le dije que no era prudente —repuso el piloto.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... —se oyó la voz del monitor.

—CERO.

La nave despegó lanzando un agudo silbido. Instantes más tarde, se perdía en la lejanía azul.

Milkanik seguía golpeando el cristal.

—Misión Microácidos en marcha —dijo el monitor.

Entonces Sergio Dobertholt, un hombre alto y delgado, de mirada penetrante e inquisidora, observó a través de la pantalla la trayectoria de la nave y murmuró:

—Preparen una nave.

—Sí, señor —repuso un oficial de la base.

Dobertholt era el segundo jefe de la base espacial. No necesitaba ningún permiso.

Mientras le preparaban la nave perdida, anduvo hacia uno de los corredores y se detuvo frente a la puerta de la cabina donde estaba encerrado Milkanik. Buscó el hueco y quitó el contacto que mantenía la puerta cerrada.

Milkanik salió de su interior.

—Llega demasiado tarde, señor.

—No, Milkanik. He llegado en el momento preciso —repuso Dobertholt.

CAPÍTULO IV

La nave tripulada por Stanislas había recorrido ya más de la mitad del trayecto,

—Milkanik sospechó lo que nos proponíamos, profesor —dijo el piloto—, Puede que los demás también hayan podido pensarlo.

—Es posible, pero siempre he estado de acuerdo en correr el riesgo. ¿Temes algo?

—No. Pero me disgustaría tener que enfrentarme con otros compañeros.

—Todo irá bien, Stanislas.

—Eso espero.

El vuelo continuó sin que los dos únicos ocupantes de la nave cambiaran más palabras. Silenciosos, seguían en el interior del vehículo espacial, mientras el cuenta- velocidades les aproximaba al punto prohibido.

Entretanto, en la base, Dobertholt estaba ya instalado en la otra nave con una idea concreta.

Junto a él, en el asiento piloto, se hallaba el joven Milkanik,

Todo estaba dispuesto para la marcha.

El transmisor informó:

—Misión privada en marcha. Todo a punto.

—¡Despegue! —ordenó Dobertholt.

Momentos después, empezó la rápida cuenta atrás. La nave

despegó, perdiéndose en el espacio.

El monitor central cambió una mirada con los oficiales ayudantes. Todos presentían alguna anormalidad, sobre todo al comprobar la proximidad de la nave de Stanislas al punto Límite.

—Nos siguen —dijo él, profesor Gorka, observando uno de los detectores de la nave—. Van por la misma ruta.

—Si piensan alcanzarnos tendrán que cruzar la línea —repuso Stanislas.

—Tenías razón. Lo sospechaban —adujo Gorka.

—¿ Por qué no pusieron impedimentos?

—No lo sé. Pero creo que ahora ya no importa, ¿verdad?

Stanislas observó el punto de proximidad relativo al del Límite.

—Treinta. No tardaremos mucho en cruzar esa maldita barrera.

Los puntos iban cayendo uno a uno. La proximidad de la zona prohibida era patente.

Los indicadores detectaban la presencia de las naves de guardia. Se alejaban.

—Deberían tratar de impedirnos el paso —murmuró Stanislas.

El profesor guardó silencio.

—Es extraño. Si ellos piensan que pretendemos cruzar el Límite..., deberían impedirlo.

—Quizá «quieran» que vayamos.

—Piensa que nos conceden el camino libre, pero de una forma «casual», ¿Es eso lo que cree?

—Lo que yo piense no importa ahora, Stanislas. Pronto llegaremos y eso sí es importante.

El punto estaba en el guarismo veinte. El viaje prosiguió en silencio, mientras la nave pilotada por Milkanik continuaba en el mismo rumbo.

Transcurrió el tiempo. El justo, el necesario para llegar al fatídico y temido punto Límite.

Stanislas se aferró a los mandos y echó una mirada hacia el profesor Gorka, que permanecía tranquilo en su asiento, situado algo más atrás.

Ambos parecían absolutamente conscientes del paso que iban a dar. A ninguno de los dos parecía importarles el peligro que estaban corriendo. Un peligro que a los que lo habían intentado anteriormente les había costado «quedarse para siempre».

¿Qué era lo que había allí detrás?

Milkanik volvió la cabeza hacia el superior Dobertholt.

—Dentro de un momento habrán cruzado —dijo y Milkanik sí que estaba tratando de dominar un cierto nerviosismo,

Dobertholt se mostró más sereno. Sabía autoserenarse, se dominaba:

—Nosotros también, Mantén el rumbo —fue su orden.

La nave tenía una breve vibración; procedía del departamento destinado al almacenamiento de «emergencias». Esas se componían de herramientas y reservas de comida para casos realmente apurados,

—¿Ocurre algo? —inquirió Dobertholt, observando que el piloto accionaba algunos mandos secundarios,

—No. No creo. Quizá se trate de un desajuste. Luego echaré una ojeada.

«Luego» quería decir cuando hubiese encontrado algún lugar donde detenerse...

La nave delantera, a gran distancia, estaba bordeando el Límite.

Stanislas observó el indicador de situación. El cuentavelocidades estaba ya en el punto cinco.

Cuatro, tres, dos, uno...

—Ahora, profesor —dijo Stanislas.

La nave atravesó sin ningún distingo especial el llamado punto

Límite.

—Ya estamos —añadió el piloto, observando el espacio que le circundaba, exactamente igual que lo que habían dejado atrás. Allí el paisaje no cambiaba en absoluto.

El profesor observó los aparatos con cierta indiferencia.

—No esperes que ocurra nada aquí. Todo funciona igual.

—Desde ahora tenemos que seguir a ciegas. Ignoramos qué camino tomaron las naves que nos precedieron —dijo Stanislas, pero al poco rato observó lo mismo que, en su momento, había visto Yamata, el hijo del profesor, que era el punto lejano.

Tras unos instantes, observó:

—Parece un planeta —dijo Stanislas.

—Dirígete hacia allí —repuso Gorka, sin la menor emoción.

Seguían el mismo camino de sus predecesores. Aquel camino que, al parecer, no tenía regreso...

CAPÍTULO V

Estaban allí. En la explanada. Era un plano inclinado, que impedía ver la ciudad. Una ciudad que desde el espacio se les antojó antiquísima, fuera de toda lógica en un tiempo, que incluso la electrónica había sido ampliamente superada.

Habían descendido de la nave en el gran descampado y andaban uno al lado del otro hacia el final del plano inclinado, hacia el horizonte.

Llegaron al punto desde el cual les era posible distinguir el núcleo de chabolas, donde también podían percibir el clamor apagado de toda la ciudad, contemplada desde cierta distancia.

Allá, entre aquellas moradas primitivas, bullía la vida.

- era posible ver seres hechos a imagen y semejanza de ellos. Deambulaban, iban a sus quehaceres. Vivían. Vivían y latían.

Profesor y piloto cambiaron una mirada. Stanislas pensaba que todo aquello resultaba algo muy distinto de lo que hubiese podido esperar de un habitáculo desconocido, que no figuraba en ninguna de las guías,

—¿Cree que son gente como nosotros? —inquirió Stanislas,

—¿Por qué no? —repuso Gorka, mirando hacia el centro de la

extraña ciudad.

—Es un lugar primitivo, y todo parece inofensivo...

—Yo diría que es inofensivo. El peligro, a menudo, está en nosotros mismos.

—¿En nosotros? —murmuró Stanislas, sin acabar de comprender a su compañero—. Bueno. Por si acaso, asegúrese de que lleva consigo las armas.

—No las vamos a necesitar.

—¿Usted cree?

—Digamos que lo presiento —repuso el profesor.

Reanudaron la marcha sin apresurarse demasiado. A medida que avanzaban en ligero descenso y la ciudad se aproximaba a ellos, el ambiente de normalidad se hacía más tangible.

No lejos de ellos —a medio kilómetro tal vez— una carreta con ruedas de piedra era tirada por un par de animales de difícil denominación.

Eran bestias extrañas. Cuadrúpedos por supuesto; su color era gris brillante, pero lo más raro era su piel. No era piel, sino plumaje, como las aves.

¡Cuadrúpedos con plumas de ave!

En la distancia tampoco podían conseguir ver sus cabezas con claridad, pero intuían que se trataba de bestias curiosamente extrañas, a las que no podían catalogar en ninguna de las que ambos conocían.

—Tienen pico. Tienen un largo pico —dijo Stanislas.

El profesor guardó silencio y ambos reanudaron una vez más la marcha.

Cruzaron más tarde el camino polvoriento. Stanislas se inclinó hacia el suelo y tomó en sus manos un puñado de aquella tierra. Era un polvillo fino, rojo, extraordinariamente rojo. Se escapó de su mano apenas la abrió.

—Por lo menos el oxígeno es bueno. El clima parece idéntico al nuestro —dijo.

El profesor había tomado la delantera y enfilaba por un sendero rodeado de algo parecido al barro.

Stanislas, en una carrerilla, se colocó a su altura y pidió:

—¡Espere!

—Si quieres tocar el barro, no lo hagas. Es polvo, simplemente, una forma más de polvo.

—Pero parece que...

—Anda, tómalo —invitó el profesor.

Stanislas no pudo resistir la tentación y hundió su mano en lo que parecía barro húmedo.

Era polvo, realmente. Polvo idéntico al del camino.

—¿Cómo lo sabía, profesor?

—Lo leí en alguna parte. Asteroides polvorientos. Ese polvo es un tesoro; tanto como puede serlo la vida,

—Una vida mísera. Todo está seco. Mire por donde quiera... —Y tras un silencio, añadió—: No comprendo. Si Yamata y todos los que cruzaron el Límite están aquí..., no puede haberles sucedido nada malo.

—¡Quién sabe! —exclamó Gorka.

Habían cruzado un largo sendero que bordeaba aquellos falsos mares de fango. Ahora se hallaban en una inmensa plaza solitaria.

La ciudad, el núcleo de chozas, quedaba todavía a cierta distancia. Lo más cercano era un edificio algo más alto. Tenía tres plantas y parecía construido del mismo material que los otros: piedra y tierra, de color similar al suelo del planeta, por lo que apenas podía apreciarse el relieve.

—Esto parece un centro oficial —dijo Stanislas—. Creo que podríamos preguntar.

—Sí, por supuesto.

—Profesor. Quizá no sea conveniente que vayamos juntos,

—¿Quieres entrar tú solo?

—Aunque vayamos en son de paz, no es conveniente confiarse demasiado.

—Está bien. Entraré yo.

—No, profesor. Yo soy más joven y mejor entrenado. Digamos que estoy en activo, aunque no por ello, menosprecio sus méritos,

—Como quieras.

—Quédese fuera. A alguna distancia y no pierda de vista nada de lo que ocurra. ¿De acuerdo? Si ve que tardo en salir más de lo habitual en una consulta, vuelva a la nave.

El profesor quedó mirando a su joven compañero.

—Sí, profesor. La nave es el único lugar que estimo seguro. No se arriesgue. Aunque me siento optimista, uno no debe confiarse jamás. Sobre todo después de la experiencia... de los que no han vuelto.

Se habían aproximado hasta unos cincuenta metros del edificio. Ahora podía verlo perfectamente. Estaba aislado. Tenía dos plantas habitables y la última era como una especie de minarete, más estrecho que el resto de la construcción y formando como una azotea cubierta por el techo, del mismo material que las paredes exteriores.

Stanislas hizo una seña a su compañero y le indicó el arma.

El profesor extrajo su pistola del estuche. Comprobó su puesta a punto y la volvió a guardar.

El piloto hizo lo propio y luego levantó la mano, agitándola levemente para indicar que estaba dispuesto,

—Suerte —deseó el profesor.

Stanislas caminó los cincuenta metros hasta llegar al portal del edificio.

Era una simple entrada, sin ninguna puerta. Se volvió hacia el profesor, que seguía en su puesto y luego miró dentro.

Ante él se encontraba una ancha sala completamente vacía, sin muebles, sin ningún ser viviente. El suelo estaba poblado por el mismo

polvillo rojo inamovible. A un lado arrancaba la escalera hacia el piso superior.

Stanislas cruzó el umbral. Allí, el silencio era absoluto. Incluso dejó de escuchar el latir de la ciudad, el leve fragor de la convivencia, esos pequeños ruidos familiares en todo lugar habitado.

Comenzó a ascender.

La escalera parecía construida de aquel mismo barro polvoriento, pero resultaba duro, fuerte; la superficie parecía segura.

Siguió ascendiendo por aquel trazado en forma de caracol y creyó oír un ruido a su espalda. Se volvió, disimulando un natural sobresalto, pero no vio a nadie.

Continuó ascendiendo peldaño a peldaño, hasta llegar al rellano superior.

Estaba ya en la primera planta. ¡No había nadie! Todo era exactamente igual que en la anterior.

Fue entonces cuando oyó la voz.,,

CAPÍTULO VI

Fue entonces cuando oyó la voz,...

—No hay nadie, señor.

Se volvió y no vio a nadie.

—Estoy aquí, señor.

Stanislas miró hacia abajo.

Algunos peldaños antes de llegar a la planta vio a... al niño.

Sí. Era un niño. Un niño corriente, vestido más o menos como correspondía a su edad en época remota.

El niño sonreía con amabilidad.

—Hoy es día de fiesta, señor. La independencia. No hay nadie aquí. Toda la gente se ha reunido en el centro.

Stanislas estimó que no había ningún peligro frente suyo. El muchacho, de aspecto servicial, parecía deseoso de mostrarse amable.

Ascendió algunos peldaños y preguntó:

—Usted no es de aquí, ¿verdad? Lo digo por esa ropa que lleva.

—No. No soy de aquí. Vengo de muy lejos y deseaba alguna información.

—Todos los que vienen preguntan lo mismo. Todos quieren información...

—¿Has visto a alguien... vestido como yo? —preguntó Stanislas, esperando obtener la información, a pesar de la fiesta de que le hablaba el chico.

—¡Oh, sí! Han venido otros. Siempre preguntan lo mismo. ¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es éste?

Stanislas sabía ya, por lo menos, que sus antecesores habían acudido más o menos al mismo lugar, y que habían preguntado...

—Oye... Yo procedo del mismo punto que los que preguntaron anteriormente —adujo el piloto.

—Me lo figuraba. Todos visten igual. Es una tela muy bonita... Sí. Es muy bonita. ¿Me permite tocarla?

—Es contra las irradiaciones. Aislante. Necesaria para viajar por el Cosmos.

—¿El Cosmos? ¿Se refiere allá arriba?

- el chico hizo un gesto ambiguo, señalando hacia el espacio.

—Eso es.

—¡Oh, sí! Pero todo eso son fantasías, ¿sabe? Aquí nadie cree que los hombres puedan remontarse más allá del «Azul».

—¿Dices que no creen...?

—No, Nadie lo cree. Algunos dicen haber visto cosas que vuelan por ahí, pero no les hacen caso.

—Bueno, pero tú... tú me estás viendo a mí. Y yo puedo asegurarte que procedo de un lugar muy lejano. He venido en una nave. ¿Sabes qué es una nave?

—Una carreta tirada por bestias, que vuela. ¿No es eso?

—No. No es ninguna carreta, ni está tirada por bestias, pero la verdad es que sí vuela. ¿Quieres ver mi nave?

—Sí, me gustaría, pero nadie iba a creerme.

- el chico se encogió de hombros, como resignado a una oculta fatalidad.

Stanislas quiso comprender que se hallaba en una civilización incipiente. En la edad de piedra de un extraño habitáculo que por algún error más extraño todavía no figuraba en ninguna de las cartas de navegación espacial.

Un lugar que jamás hubiese imaginado que podía existir en su Época, pero lo importante era salir de dudas, saber lo que había sido de las expediciones anteriores, de los turistas del espacio, de su amigo Yamata, el hijo del profesor. Por eso fue directamente a lo que le interesaba:

—Escucha... ¿Tú viste a los otros? A mis compatriotas. A los que llegaron con esas mismas vestimentas.

—¡Oh, sí! Claro. Yo siempre estoy por aquí, y me entero de casi todo.

—Bien. En este caso, podrás decirme dónde están.

—¿Dónde están... quiénes?

—Los que viste antes. Los que van vestidos como yo. Verás..., Un par de naves con turistas llegaron aquí. Luego vinieron otros pilotos como yo...

El chico guardó silencio, como si no comprendiera en absoluto.

—Mira... Hace tiempo... Aquí no sé cómo calculáis el paso del tiempo, pero hay días y hay noches... Cuando oscurece es noche... ¿Eh?

El muchacho asintió.

—Bien... Pues... Hace muchos días o muchas noches, muchísimas... llegó una nave; luego, al cabo, de algún tiempo, llegó otra. Iba mucha gente en las dos.

—Sí. A veces ha venido *gente* como usted. Yo los he visto.

—Seguramente preguntaron, ¿verdad?

—Sí. Este es el primer sitio. Todos vienen aquí.

—Bien. Entonces quiero saber dónde están. ¿Dónde están todos los que preguntan? Los que son como yo. ¿Lo entiendes?

Stanislas procuraba hablar despacio, deseoso de hacerse comprender. El muchacho parecía inteligente, a pesar de su corta edad, aunque algunas cosas parecía no comprenderlas demasiado bien.

—¿Sabes dónde está esa gente? —repitió Stanislas—. ¿Me has comprendido?

—Sí. Sí, señor. Lo he comprendido.

—Entonces, por favor..., responde. ¿Quieres hacerlo?

El muchacho cambió su expresión. Miró fijamente a Stanislas y no contestó.

—Escucha... ¿Cómo te llamas, muchacho? ¿Tienes un nombre?

—Sí. Me llamo Bor.

—¿Bor? Bien, Bor... Necesito encontrar a esas personas... A todas esas personas.

—No están.

—¿Quieres decir que no están aquí?

—Sí, señor.

—¿Se han ido, Bor?

—Sí, señor.

—¿Con la nave?

Y ante el silencio del muchacho, insistió:

—Te pregunto si se han ido con la nave... Con una de esas naves espaciales.

—No, señor.

—Entonces... ¿Dónde están?

—No están.

Stanislas trató de no impacientarse. Comprendía que se hallaba ante un niño y, por ende, ignoraba su capacidad de comprensión.

—Bor, haz un esfuerzo. Tú dices que no están. Que se han ido, y dices también que no marcharon con la nave. ¿Cómo lo hicieron, pues?

—No están... Este lugar no es bueno para los extranjeros... Yo no sé nada... Pero dicen que...;

El chico se interrumpió, y Stanislas le animó a que prosiguiera.

—Vamos. ¿Qué es lo que dicen?

—Dos días, señor. Sólo pueden vivir dos días,,.

—No te comprendo, ¿Dos días?

—Sí, señor. Usted tampoco estará dentro de dos días. ¡Adiós!

El chico echó a correr por la escalera de caracol hacía la salida.

—¡Eh, espera! —gritó Stanislas.

Por más que corrió tras el muchacho, no logró alcanzarle. Cuando se halló en el exterior, el muchacho había desaparecido, igual que si el suelo se lo hubiese tragado.

—¡Bor! —gritó inútilmente, mirando en todas direcciones. Luego trató de llamar la atención al profesor Gorka, a quien había dejado fuera, pero al volverse no le vio,

—¡Gorka! —llamó, yendo hacia el lugar donde el profesor tenía que estar aguardándole.

No. Realmente, Gorka no se encontraba allí.

Le llamó una vez más, pero fue del todo inútil. El profesor también había desaparecido.

CAPÍTULO VII

Stanislas recordaba perfectamente la conversación sostenida con el muchacho. Bor le había hablado de una fiesta. Concretamente, de la fiesta de la independencia. Dijo que «todos estaban allí», y decidió, antes regresar a la nave, por si acaso el profesor hubiese vuelto. En cualquier caso, la nave parecía seguir siendo el lugar más seguro.

Empezó a caminar en sentido inverso, por el sendero que le había llevado hasta la —llamémosla plaza— donde se alzaba aquel edificio de tres plantas, completamente vacío.

Allí no había rastro de persona alguna y observó también que el polvillo del suelo, si bien dejaba marcadas las huellas de su paso, esas marcas desaparecían casi inmediatamente, dejando la tierra completamente intacta como si nadie la hubiese pisado,

Stanislas aceleró la marcha hasta llegar a la parte más alta del plano inclinado, y observó a lo lejos la nave en el mismo lugar que había tomado contacto con el planeta.

De su bolsa, a modo de canana, sacó un diminuto transmisor y lo puso en funcionamiento.

—Profesor Gorka, ¿está usted en la nave? Conteste. Soy Stanislas.

Pero el profesor no contestó. Stanislas graduó el aparato, y percibió el sonido del oscilador que había dejado abierto en la cabina de la nave. El inconfundible «blip, blip, blip...», llegó hasta él a través del receptor.

—Profesor... Si está ahí, conteste.

No. El profesor no contestó y Stanislas decidió llegar hasta el vehículo espacial personalmente. Pero fue entonces cuando observó el

otro b6ldo en el espacio. Se acercaba r6pidamente y no tard6 en descubrir que se trataba de uno de los suyos.

Retrocedi6 ligeramente y se coloc6 al otro lado de la l6nea que descend6 hasta el centro. Se peg6 al suelo dispuesto a observar. Imaginaba que se trataba de la nave que le hab6a seguido, pero quer6a ver por s6 mismo qui6n viajaba en ella.

De ese modo, y apenas la nave tom6 contacto con el suelo, pudo ver descender a Milkanik, y en la distancia escuch6 la voz del joven que, tras observar, se volvi6a hacia dentro para decir:

—Es una atm6sfera muy grata, se6or. Creo que puede bajar.

Luego, Milkanik se aproxim6 a la nave de Stanislas, y murmur6:

—Esa es la nave, se6or. No creo que nos lleven mucha distancia.

Stanislas observ6 c6mo Dobertholt descend6 del veh6culo espacial y observaba en derredor.

«Deb6 suponerlo —murmur6 Stanislas para s6—. El hombre de granito. El super en persona...»

Sonri6 al pensar que 6l —Dobertholt— tambi6n hab6a contravenido la orden pasando la barrera del L6mite.

Stanislas asom6, sin la menor protecci6n, y pronto fue visto por los reci6n llegados.

Poco despu6s, se reun6an.

Stanislas resumi6 lo acaecido en el poco tiempo que llevaba en el planeta y termin6 diciendo:

—Me preocupa lo que pueda haberle ocurrido al profesor.

—¿Qu6 aspecto ten6a ese ni6o que estuvo hablando con usted, Stanislas? —inquiri6 Dobertholt, tras un silencio.

—Absolutamente normal. Lo 6nico distinto eran sus ropas. Yo las llamar6a primitivas,

—¿Y desapareci6?

—S6. Fue cuando dijo que s6lo era posible vivir dos d6as.

—¿Trató de decirle que los extranjeros sólo teníamos dos días de vida en este sitio?

—Es lo que yo entendí, pero no fue demasiado explícito. Hasta ese instante, Bor había hablado normalmente y hasta parecía dispuesto a informarme de todo, pero luego, de repente, dijo que «yo tampoco estaría aquí dentro de dos días», y desapareció.

—Puede ser un aviso —intervino Milkanik.

—¿Estaría usted dispuesto a hacer caso de ese aviso, Stanislas? —inquirió Dobertholt.

—No, señor. Corrí ese riesgo por mi propia voluntad y deseé averiguar qué misterio se encierra en ese extraño lugar y, sobre todo, saber qué fue de los que nos precedieron. Ahora tenemos un problema nuevo: el profesor.

—Bien, Stanislas, no le he seguido para regañarle, aunque como jefe técnico de la base y segundo del mando, tengo más atribuciones que usted. En el fondo, yo también quería desvelar el misterio y ayudarle, porque una persona sola poco puede hacer y el profesor no era la persona idónea.

—Estoy contento de que esté usted aquí, señor. Su experiencia puede servir de mucho.

No era un secreto para nadie que Dobertholt, aunque maduro, era un hombre fuerte, duro, veterano en muchas lides y pionero de la nueva época espacial, un hombre que no conocía la fatiga y de una enorme capacidad de trabajo. No quería el relevo, ni se lo daban, porque su experiencia en el puesto que ocupaba era poco menos que insustituible.

—Bien, Stanislas. ¿Por dónde quiere que empecemos? Dejaré que usted lleve la iniciativa.

—El poblado está en el centro. Pensaba dirigirme allí. Ver de cerca esas gentes. Alguien habrá que podrá informarnos.

Iba a guardar el transmisor, cuando escucho un sonido característico, procedente de la nave.

—¡Un momento! —exclamó, y dio más volumen.

—Parece como si alguien... —empezó Milkanik, que oía

perfectamente el ruido.

Sí. Era como una respiración. Una respiración humana.

—No procede de mi nave, señor —puntualizó Stanislas—. Si hay alguien, debe ser en la suya.

Evidentemente el sonido de fondo que se percibía a través del pequeño transmisor receptor no era el «blip» característico, sino una sintonía parecida, pero con tono distinto, más grave. Cada nave tenía su nota determinada.

—Efectivamente —murmuró Milkanik—. Es nuestra nave. ¡Hay alguien!

La respiración se escuchó una vez más, Parecía pertenecer a alguien que tratara de retenerla.

—¡Vamos! —ordenó Dobertholt, sacando de su canana la pistola. Milkanik hizo lo propio y por último, Stanislas empuñó igualmente su arma reglamentaria.

Dobertholt, con un ademán, indicó a los hombres que se despegaran, mientras él marchaba por el centro.

—Si hay alguien puede vernos perfectamente —dijo Milkanik.

—Si hubiera querido atacamos tuvo tiempo de haberlo hecho —hizo notar Dobertholt.

Se aproximaron a la nave, desplegándose en abanico. Poco después, cada uno de ellos ocupaba un lugar distinto, pegados los tres al metal del vehículo.

La puerta estaba cerrada y sólo podía abrirse desde el interior o bien pulsando el botón del control remoto que sostenía el propio Dobertholt con la mano derecha.

Con otro ademán, el jefe indicó que iba a abrir la puerta; y tanto Stanislas como Milkanik prepararon sus armas.

Dobertholt pulsó de pronto el control, y la puerta se deslizó hacia un lado, dejando franca la entrada de la nave; al mismo tiempo aparecía la escalerilla, por la que ascendió lentamente Dobertholt, cubierto por los otros dos.

Entonces surgió la voz;

—No es necesario que tomen precauciones. Soy yo.,

Ninguno de los tres comprendía qué diantre podía hacer aquella mujer en la nave.

—¡Yonia! —exclamó Stanislas, que fue el primero en reaccionar.

—¿Dónde estaba metida usted? —inquirió Dobertholt.

—He hecho el viaje en el departamento de emergencias. No es muy cómodo, pero era el único modo de llegar hasta aquí.

—¡Esto es una locura! —adujo Stanislas,

—Tengo derecho a saber qué le ocurrió a mi hermano y tampoco quería dejar solo a mi padre —repuso ella con decisión.

—¿Y cómo sabía que nosotros iríamos tras ellos? —preguntó Dobertholt.

—Porque oí cómo Milkkanik se lo decía a usted; señor, y del mismo modo, supe que usted se disponía a seguirlos,

—¿De modo que...? —empezó Stanislas, observando a Milkkanik.

—¡Oh, lo siento! —se defendió el ayudante—, Yo no pretendía traicionarte, Stanislas, pero era un viaje peligroso. Te aprecio y...

—¡Qué asco! —espetó Stanislas—. Uno ya no puede fiarse de nadie.

—En realidad, tú nunca me dijiste la verdad. Hablabas sólo de un vuelo experimental. Y en último momento me encerraste. ¿O es que ya no lo recuerdas?

—Bueno. Basta de discusiones, señores —cortó Dobertholt—. Dejen los reproches para mejor ocasión. Es lógico que todo el mundo quisiera guardar su secreto.

De nuevo se interpuso la muchacha:

—¿Por qué no dice la verdad, señor Dobertholt?

—¿Eeeeh? —el aludido fingió sorpresa,

—Usted lo sabía. Mi padre le habló de ello. Esa es la verdad.

—Bueno, yo e...

Stanislas sonrió.

—Ahora comprendo por qué hemos tenido tantas facilidades. Los patrulleros ni siquiera se han acercado a nosotros.

—Bueno, compéndalo. No se podía dar carácter oficial a esto, pero, particularmente tenía mis motivos para querer venir.

—¿Qué motivos, señor? —preguntó Stanislas.

—Permítanme que los mantenga en secreto. En su momento, hablaremos de ello, si ha lugar. Ahora, adelante. En cuanto a usted, Yonia, tengo que rogarle que permanezca en la nave. Esto puede ser peligroso.

—Me temía su sugerencia, señor, pero no he venido de turismo, se lo aseguro.

—Imagino que será difícil convencerla. Hágalo usted, Stanislas; sé que tiene alguna influencia con ella.

Stanislas miró fijamente a la muchacha y ella sonrió, al tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Lo siento, señor. Es tan testaruda como su padre... O como todos nosotros, para ser más exactos.

Rieron todos y ella lanzó la pregunta:

—¿Y a todo esto, dónde está mi padre?

Se hizo un silencio. Stanislas lo cortó:

—No lo sé, pero no creo que haya motivo de alarma. Seguro que le encontraremos. Como buen profesor, es curioso. Quizá ha visto salir al muchacho y le ha seguido. ¡Vamos!

Y los cuatro comenzaron a adentrarse por la zona que anteriormente habían recorrido el profesor y Stanislas.

CAPÍTULO VIII

Habían dejado atrás el edificio vacío, donde Stanislas tuvo la conversación con el muchacho llamado Bor.

El sendero no ofrecía variaciones. A veces bordeaba aquellos extraños lagos, de apariencia fangosa, otras veces, el camino se abría en explanada, siempre con el mismo sistema de piso, con el color rojo característico.

La leve pendiente les acercaba al núcleo principal de chabolas primitivas, del que se hallaban a medio kilómetro. Se percibía nuevamente el clamoreo de una multitud que deambulaba entre las viviendas que en algunas zonas se apiñaban, para dejar grandes claros en otras.

—Parece que estén dispuestas por grupos —hizo notar Stanislas.

—En eso me estaba fijando —repuso Dobertholt.

Siguieron andando en silencio hasta la primera línea de pequeñas moradas hechas de aquel mismo polvo pero de aspecto sólido.

Las chabolas formaban una larga calle, por la que correteaban unos niños.

Metidos ya de lleno entre las chabolas, discurrieron por la primera de aquellas calles, observando entonces que todas las casas carecían de puertas, lo que permitía ver el sencillo interior, carente por completo de mobiliario.

Fue precisamente Yonia quien, rezagándose un poco asomó por uno de los portales, y llamando a los demás les advirtió:

—¡Miren esto!

—Quizá a los moradores de este planeta no les gusta que fisguen en sus moradas —murmuró Stanislas, pero también se detuvo ante uno de los portales.

Lo que vio en el interior no podía ser más elemental; una piedra plana descansaba en el suelo a modo de mesa, sin patas. Al fondo, una especie de repisa, donde se amontonaban algunos cacharros, que parecían fabricados con barro, y algo parecido a platos. No había ninguna clase de fuego, ni siquiera una cama y aquellas chabolas no tenían más dependencia que la que podía verse desde la entrada.

—Son seres primitivos —murmuró la muchacha, indicando unas pieles—. Deben ser de animales.

—Puede que las usen para abrigarse por la noche —comentó Milkanik.

—Lo curioso es que aparte de algunos niños, todavía no hemos visto a ningún otro habitante adulto —comentó Stanislas.

—No se fíen. Esto es demasiado extraño. Paseamos por aquí como si fuera nuestra propia casa y eso no es normal. Esa gente saben que estamos aquí... Han tenido que ver nuestras naves... Los niños nos han visto. Y no digamos ya del que estuvo hablando con usted —comentó Dobertholt—, Por ello les ruego que no se distraigan. Caminaremos juntos y con las armas preparadas.

Yonia sacó su pistola de la canana. Luego continuaron silenciosos la marcha hasta llegar a la esquina, que doblaron para seguir por la calle transversal. Más adelante torcieron por otra de las calles, todas rectilíneas, con las chabolas perfectamente alineadas.

Pasaron algún tiempo recorriendo aquel grupo o zona de viviendas exactamente iguales todas.

De cuando en cuando, de alguna esquina salían niños que, indudablemente, jugaban como los chicos de todos los lugares, corrían como ellos y gritaban sin pronunciar ninguna palabra en concreto.

De adultos, continuaban sin ver a ninguno.

Salieron al fin de la zona y observaron una divisoria en forma de explanada, que terminaba justo donde comenzaba otro grupo de chozas, dispuestas de idéntica forma.

Tras ellos, la explanada ligeramente ascendente, se perdía en el horizonte; delante había una gran plaza distante otro medio kilómetro y más allá, otras dos zonas de chabolas, dispuestas a uno y otro lado. La plaza venía a ser el centro geométrico de la parte habitada era redonda y todo resultaba perfectamente simétrico tal vez demasiado exacto para ser primitivo.

Se miraron todos porque, simetría aparte, lo que les había extrañado era la carencia de gente, que desde lejos ya habían comprobado.

En la plaza quedaban algunos niños, que salieron corriendo en distintas direcciones hacia ese otro par de zonas del otro lado.

En breves momentos, todo quedó silencioso. El clamoreo había desaparecido y a cada uno de los forasteros les dio la sensación de estar solos en aquel extraño lugar.

—Parece como si huyeran de nosotros—comentó Milkanik, ante la actitud reflexiva de Dobertholt.

—Sin embargo, los niños no tienen miedo —observó Stanislas a su vez.

—Nos están observando —apuntó Dobertholt.

—¿Dónde? —arguyó Yonia—. Las casas están vacías No hay ningún edificio alto.

—De todos modos, nos observan —insistió Dobertholt

—Desde luego esto no me gusta —terció Milkanik.

El silencio quedó roto por las voces de un par de muchachos, que corrían por el último tramo de la calle que acababan de dejar. Stanislas corrió hacia ellos y llamó su atención:

—¡Eh, chicos!

Uno había cogido al otro, como si estuviesen jugando al escondite o algo parecido.

—¡Chicos! ¡Os estoy llamando a vosotros! —insistió Stanislas, yendo rápido hacia ellos.

Los dos muchachos, de una edad aproximada a la de Bor, se volvieron lentamente.

—Muchachos... ¿Conocéis a un amiguito llamado Bor? Es más o menos como vosotros. Hace un rato estuve hablando con él en el edificio más alto. Ya sabéis a cuál me refiero.

Ninguno de los dos muchachos contestó; miraban fijamente a Stanislas, o al menos parecían mirarle, porque cuando el piloto estuvo lo bastante cerca de los dos infantes, observó, con horror, algo que hasta aquel momento le había pasado inadvertido.

Aquellos dos muchachos... ¡no tenían ojos!

CAPÍTULO IX

—Sus cuencas estaban yacías... Lo he visto perfectamente. ¡No tenían nada dentro de las aberturas!

Stanislas hizo un esfuerzo para sobreponerse.

—Sin embargo, juegan y parece que vean igual que nosotros —comentó Yonia.

Dobertholt preguntó a Stanislas por el muchacho llamado Bor.

—¿Tampoco tenía ojos?

—Bueno,.. Yo creo que sí. Allá arriba era bastante oscuro, pero yo vi perfectamente al chico.

—¿Se fijó concretamente en sus ojos?

—No, concretamente, no. Pero si no los hubiese tenido me habría dado cuenta; de eso sí estoy seguro.

Los dos muchachos, sin contestar a la pregunta que les había dirigido Stanislas momentos antes se fueron corriendo, siguiendo con sus juegos con absoluta normalidad.

—Habrá que seguir buscando, aunque empiezo a dudar de que consigamos algo positivo —murmuró Dobertholt.

—Por lo menos debemos encontrar, a mí padre. En algún lugar debe estar.

—Lo encontraremos, Yonia —aseguró Stanislas—. Lo encontraremos, aunque tengamos que registrar casa por casa,

—Al menos no hay puertas. Parece que no tienen escondrijos —terció Milkaniik.

Se encaminaron hacia la gran plaza redonda, epicentro de los cuatro grupos de chozas agrupadas.

Nadie salió a su paso. La plaza tenía el piso igual que los senderos, el mismo color, el mismo polvillo que imprimía las huellas de las pisadas para borrarlas seguidamente.

Era mayor de lo que parecía y los cuatro visitantes marchando en fila, eran insignificantes ante aquella inmensidad de espacio.

Llegaron al fin al otro lado. Un chico surgió de una calle corriendo. En el tiempo de cruzar, se volvió hacia ellos y Stanislas creyó reconocerle.

—¡Es Bor!

Salió tras él, llamándole.

—¡Eh, Bor! ¡Bor!

Por más que corrió al llegar a la esquina, ya no lo encontró.

—Esta vez no me darás esquinazo. Te encontrare —y corrió, tomando la misma dirección del muchacho. Al llegar a la calle siguiente, giró hacia la derecha— Por aquí. Quieres despistarme por ese laberinto, pero daré contigo. Yo también sé correr y apuesto a que puedo hacerlo más de prisa que tú.

Otra esquina y prosiguió la búsqueda.

Fue una carrera sin descanso la del piloto. No quería darse por vencido, pero el muchacho siempre lograba escurrírsele por la travesía siguiente.

Por fin y cuando menos lo esperaba, surgió un muchacho de una de las chozas, Stanislas casi tropieza con él.

—¡Bor!

Sí, Era él.

El muchacho le observó. ¡Tenía ojos! Stanislas sonrió.

—Bueno, Parece que ya has terminado las ganas de correr, ¿eh? Yo sólo pretendo charlar contigo. Terminar la conversación que empezamos hace un rato.

Bor le miraba de una forma extraña, inquisitiva tal vez, o acaso como si no comprendiera muy bien las palabras del piloto.

—Sé que me entiendes, muchacho. Hemos estado hablando, Lo recuerdas, ¿verdad?

El muchacho seguía encerrado en su extraño mutismo, sin dejar

aquella actitud de expectación.

Entonces fue cuando Stanislas escuchó pasos procedentes de la esquina y vio a otro par de muchachos que se aproximaban.

—Tienes más compañeros, ¿eh? Aquí os pasáis la vida jugando... —sonrió, pero su risa se le quedó helada en los labios, al observar a los otros dos niños. ¡Eran idénticos a Bor!

Por el otro lado aparecieron más, dos primero, tres después, cuatro... hasta media docena.

¡Iguales!

Era imposible distinguir quién era el Bor con el que Stanislas había estado hablando antes.

Eran iguales también en el vestir, todos usaban una especie de sayo de color parduzco, hecho de tela basta.

Y seguían surgiendo chicos de aquellas casas. Stanislas iba recorriendo cada uno de los rostros inquisitivos, acusadores casi y no sabía hacer distinguos; parecían haber sido hechos a molde. Iguales. ¡Iguales todos!

Aun siendo niños de aspecto inofensivo, no pudo reprimir un escalofrío de miedo que trató de dominar.

Ahora le estaban rodeando todos. Le fue imposible calcular el número, pero no era inferior a la cincuentena. La calle estaba repleta da niños. E iban surgiendo más y se aproximaban a Stanislas. Se aproximaban más y más.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde están vuestros padres? O vuestros mayores,,. ¡Vamos! ¡Decid algo!

Pero ellos seguían silenciosos, como mudos atacantes sin armas; había hostilidad, sí. Había una manifiesta hostilidad en sus rostros.

Stanislas quiso moverse entre ellos, pero apenas le dejaban. Pensó en sus compañeros. Con la vueltas que había dado persiguiendo al que pensaba que era Bor seguramente se habían perdido por aquel laberinto de calles, bien alineadas, pero evidentemente extensas.

—¿Es que no queréis hablar?

Sacó su pistola. No pensaba emplearla ante seres indefensos, ni

mucho menos niños, pero tenía que asustarles, al menos para que le dejaran salir.

—¡Apartaos, al menos!

No. No tenían la menor intención de obedecer! pero, ¿qué se proponían?

Stanislas se hallaba de lleno en lo desconocido...

De pronto se escuchó un ruido parecido al de un enorme gong. Resonó por todo el ámbito y el eco pareció multiplicar los sonos de aquella estridente campana.

En un momento los muchachos se separaron de Stanislas, tomaron distintas calles, y antes de que el piloto pudiera darse cuenta, se halló completamente solo.

Aquello empezaba a tener visos de pesadilla.

—¡Menos mal que le hemos encontrado! —exclamó Dobertholt—. ¿Logró descubrir a ese chiquillo?

Por toda respuesta, el piloto lanzó un suspiro. ¡Un chiquillo! ¡Un centenar de ellos!

—Creo que será mejor que volvamos a la nave y no tracemos un plan. Yo sería partidario de sobrevolar esto a baja altura. Debe haber algún otro lugar donde habite gente adulta —dijo al fin Stanislas.

Milkanik adujo:

—¿No notan como si empezara a oscurecer?

Cierto. Todo está tomando un color como rojizo —advirtió Yonia.

—Ese gong que ha sonado —recordó Stanislas—. Debe ser una especie de toque de aviso.

La oscuridad avanzaba por momentos, pero de una forma poco común. Era como si una niebla lo cubriera todo, dificultando la visión.

Una oscuridad rojiza que iba avanzando rápidamente, llegando a cegar.

—Casi no veo nada —exclamó Dobertholt.

—Volvamos a la nave —instó el piloto—. Cojan sus linternas.

En los segundos siguiente, ya era imposible dar un solo paso. Ni siquiera era posible ver a la persona que cada cual tenía al lado.

Todos tuvieron que buscar sus linternas de las respectivas cananas por medio del tacto.

—Ya tengo la mía, ¡Esto es increíble! —exclamó Milkanik, pero cuando conectó el potente haz de luz no consiguió iluminar absolutamente nada.

La luz, el chorro, era impotente por sí solo de taladrar aquella neblina completamente roja. Podía verse el haz, eso sí, pero como si fuera un objeto corpóreo de color blanco, que flotara entre la nube roja.

Yonia y Dobertholt habían encendido las suyas. Los chorros se entrecruzaron, pero ni siquiera tenían el poder de deslumbrar; eran cuerpos cónicos que se movían en una masa totalmente impenetrable.

—¡Me duelen los ojos! Esto no se puede resistir —gritó Milkanik.

—Hay que alcanzar la nave como sea. No sabemos cuánto puede durar esto —exclamó Dobertholt

—Andaremos uno detrás de otro —adujo Stanislas—. Que nadie se separe, aunque tengamos que hacerlo a tientas, las linternas nos servirán de referencia.

Y Stanislas tomó la delantera.

—Colóquese detrás, Yonia —ordenó Dobertholt—. A continuación, usted, Milkanik; yo cerraré la marcha.

La comitiva se puso a andar. Tenían que hacerlo como los ciegos, porque la referencia del cuerpo cónico era inútil cuando una pared se ponía por delante.

Stanislas estuvo a punto de chocar contra la pared de unas de las chozas.

Luego siguió por una calle en línea recta, poniendo a prueba su sentido de la orientación.

La caminata se prolongó durante un buen rato en el más absoluto de los silencios.

De pronto, Dobertholt observó que la linterna de Milkanik, que le precedía se desviaba, al mismo tiempo que la voz del joven exclamaba:

—¡Eh! ¿Quién me empuja?

Yonia se volvió. No vio nada, sólo un foco más lejano.

—Encienda, Milkanik —exclamó Dobertholt.

La respuesta del joven ayudante fue un grito desgarrado.

—¡No!

—¡Milkanik! —gritó a su vez el jefe.

—¡Ooooh! —el grito de Milkanik continuó hasta extinguirse. Nadie sabía lo que había ocurrido con exactitud, pero en la comitiva faltaba uno de los chorros de luz.

—¡Milkanik! —el nombre surgió de las tres gargantas casi al mismo tiempo.

Fue inútil. Milkanik no contestó.

Era imposible por completo intentar la búsqueda. Bastante tenían con cuidarse de sí mismos.

Yonia demostró miedo por primera vez:

—Stanislas... ¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—Creo que nunca lo sabremos —fue la respuesta.

Seguramente en la mente de los tres germinó la idea de que mientras durara aquella oscuridad, cualquiera de ellos podía ser el siguiente candidato a la desaparición.

CAPÍTULO XI

Habían perdido la noción del tiempo transcurrido, aunque en verdad no podía ser mucho. Seguían andando sin grandes esperanzas, cuando aquella niebla sofocante comenzó a ceder.

Entonces todo fue muy de prisa. El cambio se produjo tan

rápídamamente como lo hizo en sentido inverso. De la oscuridad se pasó a la plenitud total de la luz, sin que aquella vez mediara ningún gong u otra señal.

Se miraron unos a otros y observaron que se hallaban en medio de la gran plaza redonda.

Nadie dijo nada; todos pensaban en lo mismo. Pensaban en que iban cuatro y en estos momentos eran sólo tres.

—Era por aquí. No nos hemos movido desde entonces —dijo Stanislas.

—Los que atacaron a Milkanik podían ver en la oscuridad —advirtió Dobertholt.

—¡Es verdad! —atinó Yonia.

—Los ciegos... Aquellos chiquillos. Deben tener otra forma de ver. Estoy seguro.

—Aquí todo es diferente —murmuró Dobertholt.

—¡Mi padre también ha desaparecido! Puede que le haya ocurrido lo mismo que a Milkanik.

—A tu padre no le oí gritar. Yo estaba hablando con aquel muchacho. A menos que... —Stanislas no continuó.

—¿Qué está pensando? —instó Dobertholt.

—No sé. Es sólo una suposición.

—Si tiene una idea, expóngala. Faltan dos personas; cualquiera de nosotros puede ser la siguiente.

—Se me ocurrió que tal vez ese muchacho intentó entretenerme, mientras otros con alguna excusa se llevaban al profesor.

—Pero..., ¿adónde? —exclamó Yonia.

Nadie podía responder a aquella pregunta.

—Son sólo niños —rezongó Dobertholt para sí—. ¿Es posible que sólo haya niños?

—Quizá nosotros los veamos así, señor, pero en realidad es

posible que se trate de criaturas adultas,.. He visto crueldad en sus ojos, cuando me acorralaron. Ahora estoy seguro de que son ellos.

—Pero, ¿por qué actúan de ese modo? ¿Por qué nos atacan de uno en uno? —preguntó Yonia, como si hablara consigo misma.

—Eso podría tener una explicación bastante lógica, Basta con echar un vistazo en derredor y ver su forma de vivir. Son gente primitiva, sólo tienen una mísera morada y nada más; la lucha por el sustento diario debe ser ardua y difícil. Dudo que dispongan siquiera de armamento; no pueden atacarnos cara a cara y tienen que hacerlo de forma solapada, buscando la ocasión.

—Pero, ¿por qué? —insistió ella.

—Porque somos extranjeros. Seguramente nos ven como invasores. Saben que somos más poderosos y que podríamos dominarles. Sí... Eso debe ser.

Dobertholt asintió:

—Puede que tenga razón, Stanislas. Volvamos a las naves. Daremos unas pasadas de observación, aunque no creo que veamos nada importante.

Se dirigieron pues hacia donde habían dejado las naves. Yonia se volvió hacia atrás un par de veces y buscó en otras direcciones. Presentía que su padre podía estar en cualquiera de aquellas chabolas...

—Ahora es mejor pasar por el descampado —aconsejó Dobertholt—. No sabemos cuándo puede volver a producirse esa oscuridad.

—¡Es verdad! —exclamó Stanislas y cayó en la cuenta de algo que no había recordado en el momento en que todo se volvió rojo y cegador.

—Eso debe ser la noche. La noche de este planeta.

—¿Tan breve?—comentó Dobertholt.

Todos la habían encontrado interminable, pero la verdad es que la oscuridad no había durado más allá de una hora en la medición del sistema solar.

Y Stanislas repitió en voz alta lo que le había dicho Bor:

—Dijo que sólo podíamos vivir dos noches. Una ya ha pasado. Puede que el peligro auténtico empiece a partir del momento en que vuelva a oscurecer.

—Entonces es posible que tanto mi padre como Milkanik sigan sanos y salvos —adujo Yonia.

—¡Démonos prisa! —adujo Dobertholt.

La verdad, sin embargo, era que Dobertholt parecía el menos optimista de todos.

Se apresuraron hacia el lugar donde habían quedado estacionadas las dos naves, mientras a sus espaldas, aquella ciudad parecía totalmente abandonada.

Desde lo alto de la vertiente, observaron el horizonte.

—Hemos equivocado el camino —murmuró Yonia, mirando toda la dimensión del llano en ligera pendiente.

—No. No puede ser —repuso el piloto, volviendo la mirada hacia atrás—. Es aquí. Desde aquí se puede ver la casa de tres plantas. Tiene que ser por aquí.

—Las naves no están —comentó Dobertholt.

Corrieron unos quinientos metros. Allí tenían que estar las naves. Los tres estaban seguros de ello.

—Era por aquí —insistió el piloto.

Dobertholt miró en torno suyo. Todo el paisaje era idéntico. Llano, ligeramente ondulado hacia el horizonte, pero terriblemente monótono.

—¿No hay huellas? —interrogó Yonia.

No. En el suelo no existía huella alguna. Stanislas ya se había percatado de ello,

—Es un polvo extraño, que borra las huellas apenas han quedado marcadas —comentó.

—Tenemos que buscar esas naves —dijo Dobertholt. —

¿Buscarlas? ¿Dónde?

—No puede habérselas tragado la tierra —espetó Yonia, bastante nerviosa ante aquella situación nada agradable.

—No. Ni pueden haberlas destruido tampoco. No han tenido mucho tiempo,, —objetó Dobertholt,

—Olvida la noche. No fue muy larga, pero ellos ven. Aquellos ciegos... Deben tener algún modo de poder ver. Se han llevado a Milkanik.

Se hizo un silencio. Dobertholt lo cortó para aducir: —Sí las hubiesen destruido habríamos oído algo... Habrían quedado restos.

—No. No creo que las hayan destruido —replicó Stanislas pensativo—. Simplemente se las han llevado. Las han dejado escondidas en alguna parte...

Otro silencio.

Dobertholt pensaba, Stanislas lo hacía también y Yonia pasaba la mirada de uno a otro hombre, esperando que alguien propusiera la solución,

—¡Tendremos que buscarlas! —exclamó ella,

—Eso por supuesto, pero ignoramos el tiempo de que disponemos. La ventaja es de ellos. Toda la ventaja —objetó Stanislas—. No sabemos cuándo volverá a oscurecer. Y nos atacarán. Antes fue Milkanik. Ahora... —dejó la frase sin terminar. Yonia sintió un escalofrío.

Dobertholt, hombre acostumbrado a mandar, a encontrar soluciones a todo, se sentía impotente, atrapado en un lugar extraño.

—Ahora comprendo por qué ninguno de los que han cruzado el Límite regresó jamás —murmuró Yonia.

—No hay que perder la esperanza. Esa gente debe tener su punto flaco... Alguna debilidad. Debemos encontrar la parte vulnerable. Son inteligentes, no cabe duda... Su forma de vida nos parece primitiva. Lo es. Sólo cuentan con la inteligencia y los elementos que les favorecen. La noche sobre todo, pero... —pensó unos instantes y añadió lentamente—: No tienen armas. Esto es obvio. Si las tuvieran nos habrían atacado. Ellos nos creen enemigos. ¡Si

podiera encontrar a Bor...!

—¡Todos son iguales! ¡Malditos iguales! —rugió Dobertholt, apretando los puños.

—Pero nos temen —insistió Stanislas—. Si comprendieran que no queremos causarles ningún daño.,. ¡Quédense aquí! —dijo de pronto—. Intentaré encontrar a Bor. Al chico con quien hablé la primera vez. No se muevan. No se muevan ocurra lo que ocurra. Y tengan las armas a punto.

—¿Qué piensa hacer? ¿Encontrar a ese Bor? —preguntó Dobertholt.

—Sí. Es la única posibilidad. No se me ocurre nada más por el momento.

—No, Stanislas. No debemos separarnos.

—No es necesario que todos corramos riesgos. Ellos ahora no pueden vernos.

—No esté tan seguro, Stanislas... Saben dónde estamos y esperan a que oscurezca.

Otro largo silencio. Stanislas, sin embargo, estaba dispuesto a salir solo, pero Dobertholt dijo la última palabra al respecto:

—No. Iremos los tres. Recuerde que antes de oscurecer suena una especie de gong. A partir de ese momento estaremos preparados. Nuestras armas disponen de una larga carga, y yo tengo repuesto. ¿Y ustedes?

Stanislas asintió. La única que no tenía repuesto era Yonia.

—Cogí el arma de mi padre —murmuró ella.

—No importa. Con nosotros no le ocurrirá nada. Cuando empiece a oscurecer, dispararemos. Por fuertes que sean, no podrán aguantar los rayos. Lanzaremos una muralla protectora. Ahora ya estamos prevenidos...

Y se pusieron en marcha para regresar al extraño poblado.

CAPÍTULO XII

En el poblado todo parecía exactamente igual. Los niños correteaban por las bien alineadas calles, aunque siempre procuraban alejarse del trío extranjero, al que por otra parte, parecían ignorar, o fingían que así pareciese.

Podían oír los murmullos y las exclamaciones de los muchachos y alguna que otra palabra expresada en su propio idioma.

La indiferencia de los chicos, aquella falsa tranquilidad era lo que más exasperaba a los tres visitantes, que después de cruzar algunas calles, llegaron hasta la gran plaza.

Les faltaba por explorar el otro lado, aunque a simple vista parecía exactamente igual que las dos zonas del lado, anterior.

La luz era correcta, parecida a la de su planeta de origen. La atmósfera en todo caso resultaba mucho más pura, menos contaminada. Respirar era casi un placer que no podían degustar plenamente a causa de la incertidumbre que les atenazaba.

Caminaban con los nervios tensos, oteando en todas direcciones.

Durante su paso por la inmensa plaza no se cruzaron con nadie, pero sí podían escuchar los murmullos, el rumoreo de los muchachos en sus juegos siempre aparentemente inofensivos,

—Esas casas son demasiado pequeñas para que puedan haber ocultado en alguna de ellas nuestras naves —comentó Dobertholt.

—En eso mismo estaba pensando yo, señor.

—Luego, existe el problema del transporte, ¿Cómo es posible que hayan podido arrastrarlas hasta aquí? —siguió Dobertholt.

Stanislas no podía contestar a aquella pregunta que igualmente seguía latente en su cerebro.

—Puede que dispongan de alguna morada más grande, algún almacén —arguyo Yonia,

—No se ve ninguna casa que sobresalga de las demás... Si tienen algún escondite, forzosamente debe de estar bajo tierra —respondió Stanislas de forma mecánica y apenas lo hubo dicho, tuvo una idea.

Estaban ya fuera de la gran plaza y comenzaba la primera hilera de casas, Stanislas se inclinó.

—¡El subsuelo! —hurgó ligeramente con las uñas. La tierra era dócil, como arenilla; se podía hacer un hoyo fácilmente, aunque tenía escasa consistencia.

Stanislas sacó de su macuto una herramienta metálica de forma cilíndrica, con mango electrónico. Pulsó un botón y produjo un leve ruido persistente. Entonces clavó el mango en la superficie y hurgó.

Las aletas expulsaron rápidamente la arenilla, mientras el punzón iba profundizando en el suelo, abriendo un agujero.

Durante algún, tiempo, el agujero fue aumentando su profundidad hasta alcanzar cosa de un metro.

—¿Qué espera encontrar? —preguntó Dobertholt, interrumpiendo el largo silencio.

—Tal vez nada. No lo sé... Era sólo una corazonada.

Dejó de taladrar. Al lado del agujero quedó el montón de arenilla extraída. Era idéntica. No había indicios de humedad, como es normal cuando se hurga la superficie a cierta profundidad.

—Esto es tan árido como un desierto —murmuró Dobertholt, inclinándose para tomar parte de aquel polvo uniforme—, Y todo parece igual. Una civilización sin agua.

—No. No hay árboles, ni vegetación de ninguna clase, pero hay vida.

—¿De qué se alimentan? ¿Qué comen? —adujo Yonia.

—No nos hemos preguntado si lo necesitan —repuso Stanislas, que iba a guardarse el taladro. Se le escapó de la mano la pieza superior y fue a caer dentro del agujero, donde produjo un extraño ruido, como si hubiese chocado contra algo hueco. Metió la mano dentro y extrajo alguna arenilla más, hasta que sus dedos tropezaron con algo duro.

Todos habían estado pendientes de lo que ocurría y nadie despegó los labios, seguros de que el piloto acababa de descubrir algo que quizá pudiera ser importante.

Montó de nuevo el taladro y lo metió en el agujero para perforar algo más.

Un objeto duro, una superficie distinta, impidió que la herramienta siguiera taladrando.

—¡Aquí debajo hay algo!

Pendientes de los trabajos de Stanislas, nadie había advertido lo que sucedía alrededor. Fue Yonia que, sintiendo la extraña sensación de ser observada con insistencia, se volvió de pronto.

—¡Dobertholt! —gritó, asustada.

Tras ellos, formando un semicírculo se encontraban una docena de muchachos, que observaban atentamente lo que estaba haciendo Stanislas.

El piloto se volvió también. Miró a los chicos, a los que se añadían otros y avanzaban, engrosando considerablemente el número.

Stanislas se puso en pie. Sacó su pistola y murmuró :

—Siga usted, señor. Utilice el detector. Necesitamos saber la clase de material que existe en el subsuelo.

Dobertholt dudó, pero Stanislas dio un paso adelante, frenando el lento avance de los curiosos.

—¡Quietos! Podría haceros mucho daño si quisiera, pero quiero advertiros primero que tanto yo como mis compañeros venimos en son de paz... Y quiero hablar con vuestro jefe. Conducidme hasta él.

El silencio era absoluto. Varios pares de ojos vacíos le observaban con atención, pero las bocas de todos permanecían

calladas.

—Sé que me entendéis perfectamente. Estuve hablando con uno de vosotros. Uno que tenía ojos, como yo, como mis amigos... ¡Vamos! No me hagáis perder la calma. ¿Veis esto? —Les mostró la pistola, sin encañonarles de un modo abierto—. Puede matar. Basta pulsar esa palanca que hay aquí detrás. Surge un rayo. En un momento, quedaríais convertidos en cenizas... ¡Puedo destruir vuestra ciudad!

Esperó a ver el efecto que sus palabras producían, pero no le extrañó en absoluto la impasibilidad de los chicos.

Avanzó un poco más y se puso en cuclillas.

—Escuchad —intentó persuadirles, hablándoles de forma más suave y su voz sonó clara, hasta dulce, pero siempre chocando con la indiferencia de sus pequeños escuchas—. Escuchad —repitió—. Ayer éramos cuatro. Quiero decir antes de que oscureciera. Vosotros, o alguien de vosotros se llevó a un compañero nuestro... Nuestras naves también han desaparecido. Vosotros sabéis dónde están. Alguien tiene que saberlo. Os doy... Os damos nuestra palabra de que no os haremos ningún daño. No pensamos invadiros. Pero a cambio, sólo os pedimos que nos devolváis nuestras naves y a nuestro amigo... Bueno. A nuestros amigos. Porque llegaron otros antes que nosotros... ¿Qué contestáis? —insistió, ante el mutismo de los chicos.

Nada. Nadie contestó nada.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Dobertholt, rompiendo el silencio.

El instrumento había cumplido su misión. Dobertholt, en pie, procedió a la lectura que aparecía en el casillero del aparato.

—Es un material parecido al aluminio. —Se refería a lo que había bajo la arenilla del subsuelo—. Por supuesto no es aluminio, pero tiene una dureza similar. ¡Mira!

Stanislas observó el indicador. El detector de metales era infalible. La capa que existía en el subsuelo era de algo metálico, de características parecidas al aluminio.

Stanislas observó el agujero. Miró la lámina plateada que había quedado ligeramente al descubierto entre la arenilla y apuntó con la pistola.

—Ahora veréis el poder de esto —dijo, volviéndose hacia los

chicos, cuyo número había ido en aumento.

Pulsó el botón y un rayo continuo surgió del cañón del arma.

Del agujero se elevó una columna de humo pestilente. Los chicos se volvieron hacia atrás masivamente, pero sin atropellarse. Era admirable el orden que guardaban, Todos obrando a la vez, sin precipitaciones, pero seguramente habían sentido miedo.

Stanislas dejó de ejercer presión y cuando la columna de humo se hubo volatilizado, observó el resultado.

El agujero se había hecho mucho más profundo y la capa metálica había desaparecido de la vista.

Stanislas introdujo el brazo y después de sondear el fondo, murmuró:

—Es como un depósito. No consigo llegar al final.

Dobertholt preparó nuevamente el detector. Stanislas se puso en pie y observó a los muchachos, que ahora seguían a distancia lo que los otros realizaban.

—¿Tampoco queréis hablar? —inquirió.

Entonces, de toda aquella barahúnda silenciosa, surgió una voz:

—Debió marcharse antes —había dicho alguien,

Stanislas no podía ver quién de ellos hablaba, pero creyó reconocer la voz de Bor y trató de descubrirlo entre los demás.

—¡No hay nada, Stanislas! ¡Es un hueco! —exclamó Dobertholt—. Un hueco muy profundo.

Yonia, que sabía dominar el miedo, observaba a los chicos.

—¡Un hueco! Puede que sea un refugio. Aquí debajo se respira humedad —insistió Dobertholt.

La voz de Bor sonó de nuevo:

—Debió marcharse cuando tenía tiempo. Se lo advertí. Sólo dos noches. Ahora ya es tarde.

—¡Bor! ¿Dónde diablos estás?

Los chicos se apartaron levemente, dejando solo a uno de ellos que poseía ojos.

Sí. Era Bor.

Los otros le habían dejado espacio, casi con reverencia, como si Bor fuese superior a ellos, aunque aparentaba la misma edad y era idéntico a los demás.

—Pronto se hará de noche, señor. Pronto se hará de noche —dijo.

—¡Bor!

Pero los demás se pusieron por delante, le taparon y luego, juntos, dieron la vuelta y abandonaron el lugar.

—¡Bor! —gritó Stanislas varias veces, agitando la pistola. Iba a disparar, pero se contuvo.

Los chiquillos desaparecieron entre la red de calles. El lugar quedó inmediatamente solitario.

Sólo ellos tres, mirándose unos a otros.

Y sobre ellos la amenaza:

«Pronto se hará de noche.»

CAPÍTULO XIII

—Hay que darse prisa —exclamó Stanislas, poniendo manos a la obra.

Lo que hizo fue ensanchar el agujero, pero esta vez no en plan experimental, sino con urgencia.

—Utilice el suyo, Dobertholt —adujo.

—Comprendo, Pretende abrir un agujero, ¿no es eso?

—Sí, señor. Es nuestra única esperanza. Si es verdad lo que Bor ha dicho... que pronto sería noche.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Yonia, deseosa de ayudar.

—Separa la arena y vigila. No me fío de esos niños y menos de Bor... Ahora creo que mis sospechas son ciertas.

—¿Un planeta de chiquillos? —inquirió Dobertholt, mientras comenzaba a taladrar.

—No son chiquillos. ¡Son así! No tienen ojos, pero ven en la oscuridad.

—Pero, ¿por qué no quieren escuchar? —inquirió Yonia, arrodillada y apartando la arenilla para que no volviera a meterse en el agujero que empezaba a tomar más dimensión.

—Somos sus enemigos y quieren eliminarnos. Tienen que hacerlo de noche porque carecen de armas.

—¡Milkanik llevaba la suya! —exclamó Dobertholt, recordando de pronto.

—Es cierto —apostrofó la muchacha—. Y ahora la tendrán en su poder.

—Bueno. Terminemos esto. Si conseguimos llegar a alguna parte, será lo más importante por ahora para sobrevivir.

Habían conseguido un buen agujero, que dejaba al descubierto buena porción de una superficie laminada.

—Creo que ya es suficiente. Ahora hay que taladrar.

En aquellos instantes sonó el gong.

Produjo el mismo ruido que la vez anterior. Era el anuncio de la noche. Todos lo sabían.

—Aquí los días pasan demasiado pronto. ¡Démonos prisa! —exclamó Stanislas y empezó a aplicar el rayo de su pistola contra la lámina del subsuelo.

La claridad comenzó a oscilar. La bóveda celeste cambió su luz, anaranjándose levemente.

—¡Comienza a oscurecer! —exclamó Yonia, tratando de contener el pánico que le producía quedarse nuevamente como la vez anterior.

Dobertholt disparaba con furia su rayo hacia la lámina para ensanchar el agujero,

—Eso no va muy de prisa, Stanislas —rezongó.

La doble columna de humo olía a demonios, pero no era momento de quejarse por el olfato. Necesitaban abrir un boquete suficiente para guarecerse en aquel subterráneo, bóveda o lo que fuera. En cualquier caso, era su única esperanza de sobrevivir.

Los rayos iban perforando muy poco a poco la plancha, cuya abertura se había ensanchado, pero no lo suficiente para que pudiera pasar un cuerpo humano a través del todavía exiguo agujero.

Las tinieblas avanzaban en forma de aquella luz roja cada vez más opaca.

Yonia miraba en derredor, temerosa de ver aparecer de un momento a otro aquellas criaturas.

El humo continuaba contaminando el ambiente y respirarla comenzaba a hacerse insoportable.

—¡Ponte la mascarilla de emergencia! —exclamó Stanislas, dirigiéndose a Yonia, mientras paraba un momento en su acción perforadora para aplicarse la suya.

Dobertholt hizo lo propio y luego, ambos insistieron en la tarea.

La luz se estaba extinguiendo por momentos. Aquella neblina rojiza comenzaba a dañar los ojos, pero carecían de protección especial para cubrirlos.

El silencio era absoluto y la potencia de los rayos resaltaba en el ambiente. Los momentos de claridad eran contados.

—Hay que perforar más, Dobertholt. Por aquí no se puede pasar —dijo Stanislas, accionando nuevamente la palanca de su pistola.

—Nos vamos a quedar sin carga.

—Utilizaremos el repuesto. ¡Yonia! Ten tu pistola preparada.

Yonia se aproximó más a los dos hombres. Observó que los rayos taladraban la oscuridad. Era lo único. Por lo demás, aun estando al lado de ellos, apenas si podía distinguirlos. Sólo siluetas.

—Un poco más, un poco más —repitió Stanislas.

No se veía ya el humo, confundido con la roja oscuridad.

El diámetro del agujero era de unos veinticinco centímetros. Insuficiente aún, pese a los esfuerzos de los dos hombres para aumentar el boquete.

La oscuridad era prácticamente total, como un bloque corpóreo, molesto.

—¡Creo que se acerca alguien! —musitó ella.

—¡Dispara, Yonia! Dispara en varias direcciones.

Ella obedeció y el rayo iluminó fugazmente las distintas trayectorias, sin que la muchacha pudiera ver a nadie,

—¡Vamos, Dobertholt! Intentaré entrar.

—¿Cree que podrá?

—No sé.

Se dejó caer al hueco en el momento en que Yonia lanzó un grito:

—¡No! ¡Suélteme! ¡Socorro!

—¡Dispara, Yonia! —gritó Stanislas a su vez.

—No puedo... He perdido la pistola... Me la han arrebatado... ¡Socorro!

Stanislas había salido del agujero. Dobertholt, a su vez, gritó:

—Voy en su ayuda.

Dobertholt, por miedo a herir a la muchacha, esgrimió su arma y alcanzó alguna cabeza, que crujió al recibir el golpe.

—¡Socorro! —continuaba gritando la muchacha, cuando Stanislas intervino, sacudiendo a la turba que les estaba rodeando. Estaba seguro de que eran un verdadero ejército, amparado en las tinieblas que sólo ellos podían taladrar.

Tuvo lugar una lucha sorda, invisible, pero de evidente

contundencia. La mano libre de Stanislas golpeaba a diestro y siniestro. El choque de sus golpes contra los atacantes era audible gracias a los chasquidos, pero ninguno se quejaba de recibirlos, ni una sola exclamación brotó de labios de los niños.

Stanislas, igual que Dobertholt, utilizaba también la pistola para golpear.

—¡Yonia! ¿Estás bien? —inquirió el joven.

—Creo..., creo que sí —exclamó ella—. Me han soltado,

Stanislas seguía golpeando a ciegas hasta que dejó de notar la proximidad de sus enemigos.

—¡Las pistolas! Vamos a disparar.

Dos rayos barrieron la oscuridad en busca de los enemigos, pero el resultado del ataque no pudieron saberlo, porque la luz fugaz, única capaz de taladrar la oscuridad, no permitió ver nada.

—No están. Creo que se han ido —murmuró él.

—Sí... Ha sido horrible —repuso ella.

—Vamos al agujero. Yo iré delante. Tú sígueme. Dobertholt, usted vaya detrás, ¿de acuerdo?

Dobertholt no contestó.

—¡Dobertholt! —gritó nuevamente Stanislas, con un presentimiento.

Yonia gritó también, pero fue inútil.

Dobertholt ya no estaba, ..

CAPÍTULO XIV

Otra vez había vuelto la luz, y Stanislas, junto con Yonia, pudo comprobar que habían quedado solos.

—¡Se lo han llevado a él...! —murmuró Yonia, sintiendo un escalofrío.

—Y su pistola. Y la tuya. —Lo dijo mirando al suelo.

—¡Oh, Stanislas! Nosotros seremos los siguientes.. Uno a uno, cada vez que oscurece.

El piloto miró el agujero y murmuró:

—Vamos. Intentaremos que esta vez las cosas no ocurran igual.

Saltó al agujero y metió la cabeza por el boquete abierto en el metal,

—¿Ves algo?

—No, Absolutamente nada —sacó la linterna y enfocó hacia las profundidades.

El chorro de luz taladró aquella oscuridad natural, pero no encontró fondo.

—Es como un abismo.

Era una posibilidad menos. Quizá la última.

Enfocó por todos los rincones, deteniendo la luz en un punto.

—Allí. Es una cueva. Hemos perforado justo la cima, pero un poco más allá hay superficie. Son rocas. Llegaremos hasta ellas...

Stanislas sabía que el factor tiempo era lo más importante, dado lo escaso del tiempo de luz. Y ahora estaba solo para realizar el trabajo y sólo disponía de un arma.

Actuó rápidamente, luchando contra el tiempo para abrir un nuevo agujero en el lugar donde había calculado que se encontraban las rocas.

Yonia le ayudó a extraer la arenilla sobrante y el piloto trabajó sin desmayo, procurando no desperdiciar ni uno solo de los segundos de que disponía.

Había puesto su reloj en hora, calculando aproximadamente el tiempo que en el planeta duraba el día.

Cuando hubo terminado de practicar el agujero suficiente, calculó que le quedaba tiempo para perforar la chana y abrir el nuevo boquete que le permitiera introducirse en aquel nuevo mundo subterráneo.

Siguió trabajando con ahínco y ahí sí que Yonia no podía ayudarle, por lo que procuraba observar, por si aparecían nuevamente los habitantes.

—Creí que volverían —murmuró.

—Ahora quizá tienen miedo. Saben que nos queda una pistola y temen que la utilicemos. Razón no nos falta para ello. De todos modos, si aparecen, no temas. De día son inofensivos. Al menos hasta ahora.

—No me fío.

—No, por supuesto, no hay que fiarse.

Stanislas tenía ya la mitad de la abertura necesaria abierta, pero proseguía disparando para que el rayo actuara a modo de taladro, consumiendo el metal.

La carga se terminó y tuvo que cambiarla.

—La reserva —comentó—. Espero que no nos haga falta.

El tiempo transcurrió sin que durante el nuevo día hicieran acto de presencia los chiquillos, a los cuales ni siquiera se les oía corretear.

—Deben estar escondidos —murmuró Yonia.

—Tal vez...

Tras un silencio, ella preguntó:

—¿Crees que... matan a los que cogen?

Más que una pregunta era el deseo de recibir una respuesta que le hiciera concebir esperanzas, pero esa respuesta no podía llegar por más que Stanislas deseara tranquilizarla.

—Es imposible de saber por ahora. Se niegan a hablar. — Consultó el reloj y pensó que ya faltaba poco para que volviera a sonar el dichoso gong anunciador de la noche.

El trabajo había sido —y continuaba siendo— muy arduo. No era fácil perforar aquella plancha, pero Stanislas continuaba con un buen diámetro por delante.

«Un poco más, un poco más», se iba diciendo a sí mismo.

Se detuvo para comprobar si era posible el paso y se dijo que aún faltaba algo más de ensanchamiento.

Lo consiguió en los pocos minutos que le quedaban, porque entonces sonó el gong.

—¡Stanislas! —exclamó ella.

—¡Ya está! —alargó los brazos para que ella saltara al agujero y murmuró:

—¡Espera! Saltaré yo primero —enfocó la linterna y vio que la superficie estaba a un par de metros de altura. Pasó los pies y luego el cuerpo por el hueco, apoyándose con las manos sobre los lados de la superficie del boquete. Se mantuvo a plomo unos instantes y luego se dejó caer.

—¡Vamos, Yonia! Ahora tú —exclamó.

Ella bajó, imitando a Stanislas, que la aguardaba abajo para sujetarla.

—¡Tírate!

Ella se dejó caer y él la paró con los brazos, permaneciendo unos instantes ambos en aquella posición.

—Bueno. Ya estamos aquí, Por lo menos podremos utilizar la linterna.

En la superficie del planeta volvía la rojiza oscuridad. Stanislas abrió la linterna, poniéndola en el punto que la luz quedara en forma difusora, alcanzando un buen círculo iluminado.

—Esto es fantástico. Un mundo subterráneo, y mucho más parecido al nuestro —exclamó Yonia, caminando al lado de Stanislas, entre las rocas.

—Esto debe tener otra entrada, y ellos deben conocerla.

Miró en derredor.

—¿Y si vienen?

—Ahora tenemos luz para defendemos. Y si nos atacaran con nuestras armas, podríamos parapetarnos en cualquier parte.

La orografía del subterráneo ofrecía buenos parapetos naturales.

Continuaron andando por una superficie en constantes desniveles, Stanislas se agachó para tomar una muestra de algunas pequeñas piedras.

—Parece bastante alto. Esto es... es como un antiguo volcán. Me gustaría saber si esa capa metálica la colocó alguien adrede.

Tiró la piedra a un lado y, al chocar en el suelo, resonó.

Anduvieron en silencio unos cuantos metros. De cuando en cuando, él se volvía y enfocaba la linterna a larga distancia, hacia diferentes puntos, para cerciorarse de que no eran seguidos..

Fue entonces cuando se escuchó un grito.

No fue un grito normal, sino lo más parecido a un estertor infrahumano, algo capaz de aterrorizar al más valiente, o de crispar los nervios al más templado.

El grito interminable cesó, pero el eco de la bóveda lo alargó de forma espantosa.

Yonia se echó a los brazos de Stanislas, que se había quedado como paralizado, ante el chillido surgido de algún punto de la cueva.

CAPÍTULO XV

Llevaban recorrido como un kilómetro, aproximadamente, Lo hacían sin rumbo, buscando los lugares más apropiados. A veces la irregular galería se dividía en varios senderos que se subdividían a su vez formando un auténtico laberinto.

La luz de Stanislas era lo único que les permitía avanzar, viendo el terreno que pisaban.

A veces, cerca de ellos se abría un precipicio de gran altura; otras, era algo que, por su forma, parecía un cráter.

El subterráneo, aunque daba la sensación de húmedo, carecía de vegetación y si había alguna en alguna parte, ni Stanislas ni Yonia la habían descubierto.

La temperatura era similar a la del exterior. Cualquier cambio lo hubiesen notado, a pesar de sus ropas climatizadas, ya que llevaban la cabeza y las manos al descubierto.

Podían respirar con aquel oxígeno igualmente grato a los pulmones, y la incertidumbre del lugar y de lo que podrían encontrar en él parecía hacerles olvidar del cansancio.

—¿De dónde crees que pudo salir aquel grito? —preguntó ella, al cabo de un largo silencio.

—Es difícil. El eco desconcierta.

—¿Crees que fue una persona como... nosotros? —volvió a preguntar ella.

—Tal vez.

Yonia sintió un escalofrío.

El cambió de conversación, murmurando:

—Este podría ser un buen refugio para haber escondido nuestras naves.

Descendían una pendiente que terminaba en una plaza casi circular. Allí, el panorama parecía ser mucho más amplio.

Una vez abajo, ella atrajo la atención de Stanislas:

—¡Mira!

Cerca de ellos comenzaba un sendero, igualmente de roca, pero absolutamente llano. Un lugar fácil de transitar.

—¡Vamos! —exclamó él, y tomándola de la mano, avanzó por aquel nuevo camino, bastante ancho, bordeado a ambos lados por sendas paredes lisas, formadas por la misma piedra.

—Estamos a bastante profundidad —comentó ella, y Stanislas asintió.

Sí. Habían bajado bastante y, por primera vez, podían pisar un suelo transitable.

El sendero describía alguna curva, se ensanchaba o se acortaba, según los tramos, pero seguía siendo perfectamente fácil de recorrer.

Ya llevaban un buen trecho cuando un ruido retumbó por toda la cavidad subterránea.

—¿Qué es esto? —exclamó Yonia, con un sobresalto.

—No sé... Pero... —Aguzó el oído, intentando orientarse y luego añadió—: Creo que es por ahí. Vamos por buen camino.

¿Por buen camino, para qué?

Que buscaban «algo» era lógico. Pero, ¿el qué? En realidad, ni ellos mismos lo sabían. Lo único que pretendían era encontrar su

salvación que sólo podía llegar si daban con las naves.

En cuanto a los demás, a los que «habían desaparecido», las esperanzas de hallarlos eran casi nulas. Por lo tanto, cabía preguntarse si ese «algo» que buscaban iba a serles beneficioso o, por el contrario, resultaría la estocada final. El fin sin remedio, el caer en medio de aquellas extrañas criaturas con apariencia de muchachos apacibles, que sin ojos podían ver en la oscuridad, y sabían cómo atacar.

—¡Mira, Stanislas! —exclamó Yonia, cortando los pensamientos del piloto.

La muchacha le indicaba una especie de túnel formado en la misma roca.

Stanislas enfocó su luz hacia aquel lugar y vio que era el comienzo de un corredor «subterráneo», dentro de la misma cueva.

Se metieron en ese nuevo sendero, que les condujo a una nueva bóveda de mayores dimensiones.

Stanislas recorrió la superficie con la luz hasta detenerse en un lugar concreto. Había visto algo... Algo muy característico.

Se acercaron, y a medida que lo hacían, Yonia pudo ver también los objetos desparramados por el suelo.

—¡Esto es...! —empezó.

—Esto es de una de nuestras naves —murmuró él, en voz baja, y siguió buscando en derredor.

No había nadie; sólo piezas de una de las naves de su planeta. Más allá, en un rincón, quedaba la parte mayor. Todo el fuselaje.

Corrieron hacia allí para comprobar que había sido desmontado.

Escrito en una parte de la lámina podía verse WLT III.

—Es una de las naves turísticas —reconoció ella—. Yo la vi cuando estaba en la rampa de despegue.

Las piezas que habían sido quitadas se hallaban agrupadas en distintos sitios.

—La luz de la linterna de Stanislas giró de un lado a otro.

—Debe ser una especie de taller de desguace... Pero me gustaría saber cómo y por dónde la han traído aquí abajo,

A uno de los lados había un paso muy ancho, capaz para llevar una nave de aquella envergadura, y con piso perfectamente transitable.

—Tal vez por allí —indicó Yonia.

Stanislas asintió.

—Bueno. Si aquí trabajan, les esperaremos. Ahora es cuestión de aguardar.

CAPÍTULO XVI

De no disponer de relojes, habrían perdido la noción del tiempo que llevaban esperando, sin que nadie apareciese por aquel extraño taller.

—Han pasado otras dos noches, de las de ellos —comentó Stanislas.

Ambos se hallaban en la oscuridad, detrás de una roca que ofrecía un magnífico parapeto y era, además, excelente punto de observación para mirar sin ser vistos.

El eco de las pisadas surgió de bastante lejos, y Stanislas asomó unos instantes, tratando de orientarse.

—Por ahí. Alguien se dirige hacia este lugar —musitó.

La sensación de que, por fin, «iba a ocurrir algo» produjo a Yonia un escalofrío, mientras siguió observando hacia aquel punto con los nervios tensos.

La oscuridad impedía, sin embargo, ver nada; no obstante, en aquella zona reinaba una marcada penumbra, como si se filtrara luz por alguna parte.

—Antes estaba completamente oscuro —dijo él.

—Sí. Es verdad.

—Deben haber abierto alguna puerta.

La luz era insuficiente para poder distinguir las cosas, pero no las siluetas.

Por ejemplo, era posible apreciar el bulto del fuselaje de la nave.

Los pasos se oían ya más cerca.

—Nuestra desventaja es que ellos no necesitan ninguna luz. Pueden ver en las tinieblas —susurró Stanislas.

Ella estaba pendiente de aquellas pisadas suaves, cada vez más próximas.

Los nervios de Stanislas estaban en tensión, lo mismo que sus reflejos.

Los pasos resonaban ya en la última parte del sendero. Stanislas contuvo la respiración.

Las siluetas aparecieron al fondo de la explanada subterránea. Eran tres.

—Parecen tres muchachos —musitó ella.

—Seguro que lo son. Ellos son los únicos habitantes de este planeta —repuso Stanislas.

Las tres siluetas se movían perfectamente en el recinto, y se dirigieron hacia una roca; desaparecieron unos momentos para reaparecer con unos palos o algo parecido, puesto que en la distancia y con la falta de luz, los dos observadores no pudieron precisar.

Uno de ellos emitió un gruñido, que fue coreado por los otros dos. En seguida se pusieron a trabajar en el fuselaje. El ruido metálico indicó claramente que continuaban la operación de desmontarlo.

La bóveda se llenó de ruido ampliado por el eco.

—Ese es el ruido que oímos —susurró Stanislas.

—¿Y las otras naves? —murmuró ella.

—Deben estar en alguna otra parte, y debemos dar con ellas antes de que las desmonten.

Los recién llegados continuaron su tarea silenciosos. Sólo de vez en cuando, uno u otro emitían extraños gruñidos.

—Parece como si hablaran —murmuró ella.

—Sí.

—Pero ellos conocen nuestro lenguaje. Tú hablaste con Bor y yo también le oí en la plaza.

—Pueden conocer más de un idioma.

—Pero el nuestro... Nuestro planeta está muy lejos. ¿Cómo han podido aprenderlo?

—Quizá son más inteligentes de lo que suponemos.

—¿Y viven de forma primitiva? ¿En lugar inhóspito? ¿Qué clase de gente son?

—Quizá lleguemos a saberlo alguna vez.

El trabajo de los tres desguazadores de la nave se prolongó durante un buen rato hasta que uno de ellos emitió un gruñido. En alguna parte se escuchó una voz larga:

—¡Eeeeoppp!

Aquello fue como la señal para cesar en la tarea. Los tres muchachos dejaron sus herramientas ocultas en la misma roca de donde las habían sacado, y se en caminaron hacia el mismo lugar por el que habían venido.

—Ahora es el momento —musitó Stanislas, y se dispusieron a seguirles.

Dejaron que avanzaran algunos metros y luego siguieron sus pasos.

Tenían que andar casi a tientas, ayudados únicamente por aquella débil luz que apenas sí les permitía ver dónde ponían los pies.

Yonia tropezó con el saliente de una roca y ahogó un grito.

Ellos debieron oírlo, pero Stanislas rápidamente tiró de la muchacha y, por fortuna, pudieron situarse ambos bajo un desnivel que les permitió ocultarse.

Los tres se habían vuelto, escrutando con sus ciegos ojos el lugar donde se hallaban Stanislas y Yonia. No debieron ver a nadie porque prosiguieron el camino.

—¿Crees que nos han descubierto? —preguntó ella, en un susurro.

—Espero que no —repuso él.

Reemprendieron la marcha, pegándose a la pared lateral, procurando no hacer el menor ruido al pisar y conteniendo al máximo la respiración para no delatar su presencia.

La caminata prosiguió hasta una rampa ascendente. Allí los tres indígenas desaparecieron hacia un lado.

A Stanislas le costó algún trabajo hallar su pista y la encontró al oír unos gruñidos.

Muy cerca estaba la entrada a una galería. Era mayor que todas las demás. Formaba una especie de anfiteatro natural. Se adivinaban las gradas que descendían en hemicírculo hasta la parte inferior.

El lugar estaba completamente lleno de aquellos seres con aspecto de niño.

Se oían los continuos gruñidos, en ininteligible diálogo. De pronto, los que estaban situados más bajo impusieron el silencio con un grito similar al que habían oído Stanislas y Yonia anteriormente:

—Ooooooooooep.

Se hizo el silencio.

—¿Qué es esto? —inquirió ella.

—Una reunión. Deben estar deliberando algo importante.

¡Pero ellos no podían saber de qué se trataba!

Stanislas y la muchacha se situaron detrás de los últimos peldaños. El extrajo un pequeño grabador, que puso en marcha para tener constancia de aquellos ruidos.

Una luz más fuerte que las demás se hizo patente a un lado de la parte alta.

—Mira —exclamó ella, y se aproximó sola para tratar de averiguar la procedencia de la claridad.

De pronto, Yonia tropezó en algo y lanzó un grito. Stanislas corrió para ayudarla, pero no supo encontrarla,

—¡Yonia! —gritó, ya. sin importarle que pudieran oírle.

En el hemiciclo se originó un tumulto de gruñidos.

Yonia no estaba. Había desaparecido.

CAPÍTULO XVII

Los gritos de Yonia y de Stanislas habían producido el natural revuelo, y los pequeños miembros de aquella comunidad se dispersaron en busca de los dos extranjeros.

La débil luz que permitía a Stanislas orientarse se extinguió por completo.

El piloto estaba en manifiesta inferioridad, puesto que ellos, los indígenas del planeta, podían ver en la oscuridad. Comprendió que estaba metido en una trampa y, tanteando el terreno, buscó un lugar donde parapetarse.

La búsqueda por parte de los propietarios del habitáculo se intensificó, llenándose el lugar de extraños gruñidos.

Stanislas, tanteando el terreno, encontró un hueco por el que se deslizó. Era una pendiente, a la que había que pasar por un agujero.

El piloto, sin poder ver dónde pisaba, siguió su camino, alejándose de los gruñidos.

No podía encender su linterna para orientarse, a fin de no dar una pista a sus seguidores, y continuó su descenso hasta golpear la cabeza contra el techo rocoso, que reprimía más aún la escasa superficie de aquel invisible túnel.

Se detuvo aguzando el oído y no pudo percibir más sonido que los latidos de su propio corazón.

Tanteando de nuevo la pared, avanzó algo más en su descenso, y sus pies tropezaron con algo.

Se contuvo, sacó su pistola y aguardó, pasando la mano sobre el objeto que había motivado su tropezón.

¡Era un cuerpo humano!

Lo oyó jadear. ¡Era un cuerpo vivo!

Las yemas de sus dedos pasaron por aquel cuerpo que parecía volver en sí tras un letargo.

Stanislas adivinó:

—¡Yonia!

La voz de la muchacha replicó muy débilmente:

—¡Oh! Creí que... He tropezado con algo y debo haberme golpeado,

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Creo que sí. Me duele el cuerpo, pero no tengo nada roto.

—¡Cuidado! No grites. Nos están buscando.

—¿Dónde estamos?

—No sé. Es una especie de agujero. ¿Puedes levantarte?

—Lo intentaré.

—Ten cuidado con la cabeza. Es un lugar muy estrecho.

La ayudó a levantarse. Era difícil moverse en un sitio tan angosto, pero al fin ella consiguió enderezarse.

—¿Dónde vamos?

—No sé. Creo que ellos siguen arriba. Continuaremos por aquí.

Y siguieron por el mismo sendero unos cuantos metros, golpeándose entre las paredes y produciéndose arañazos en las desnudas manos.

Tras aquella penosa odisea, notaron en la oscuridad que habían llegado a un lugar llano. Otra de las muchas galerías.

—No se oye nada —musitó ella,

—Encenderé la linterna. Quiero saber dónde estamos —adujo él.

Aguardó unos instantes. Tratando de asegurarse de que estaban completamente solos.

Apretó el botón de la luz y el chorro iluminó parte de la galería. El foco fue de un lado a otro en busca de orientación, hasta que la mano de Stanislas lo detuvo en un punto determinado.

¡Otra nave!

—Debe tratarse de otro taller de desguace —murmuró ella.

—No. Esta está entera.

Y Stanislas se aproximó.

No le hizo falta ver la señal para advertir que era la suya.

—¡Es mi nave! —exclamó.

Parecía intacta y, para cerciorarse, quiso entrar en ella. La puerta estaba cerrada.

—Seguramente no han podido abrirla —dijo, al tiempo que

buscaba su control remoto.

Lo accionó y la puerta se corrió para dar paso a la escalerilla que daba acceso al interior.

Stanislas subió para comprobar el estado en que se encontraba.

Pulsó los mandos, comprobó las pantallas, la puesta en marcha. Todo funcionaba a la perfección.

—¡No la han tocado! —exclamó, volviendo la linterna hacia la muchacha, pero la luz iluminó, tras ella, a tres criaturas que se aproximaban hacia Yonia.

—¡Cuidado! —gritó.

Ella se volvió aterrada y quiso subir la escalerilla para refugiarse en la nave, pero varios brazos surgieron en pos de ella. La atenazaron.

Stanislas sacó su pistola y disparó sin piedad contra los seres que intentaban llevársela.

Los rayos causaron su mortífero efecto, y las criaturas cayeron fulminadas.

Pero habían surgido más criaturas. Más muchachos ciegos. No eran sólo tres, sino un ejército, y tiraban de ella.

Stanislas disparó contra otros para amedrentarlos, pero no podía hacerlo con los que atenazaban a la joven sin grave riesgo de herirla.

—¡Soltadla! —gritó, disparando al aire.

Ninguno de elfos le hizo caso. La única forma era desafiarles cara a cara, sin importarle el número, y desde lo alto, se lanzó contra ellos.

Eran muy superiores en número, pero Stanislas no midió el peligro. Comenzó a golpear y sus puñetazos hicieron mella en algunos, que caían para volverse a levantar como autómatas.

Stanislas continuó pegando, tratando de abrirse camino hacia la turba que arrastraba a Yonia entre los gritos de ésta.

—¡Socorro! ¡No! ¡No!

Los seres iban cayendo a golpes, pero eran demasiados, y Yonia,

irremisiblemente, era empujada por ellos qué la alejaban de Stanislas, impotente para luchar contra todos.

Aun así, siguió luchando con todas sus fuerzas. No le arredraba el peligro. Pero todo era inútil.

Los gritos de Yonia sonaban cada vez más lejos.

Entonces surgió la voz de Bor:

—Este es el fin, extranjero. Ahora te tocará a ti.

De todas partes surgieron nuevas criaturas, que le cerraban el paso, avanzando hacia él.

Pretender salvar a Yonia era tan imposible como luchar contra lo que se le venía encima.

CAPÍTULO XVIII

Stanislas retrocedió, pero detrás suyo habían surgido nuevos aborígenes, intentando rodearle.

La única forma de librarse de ellos era utilizando las armas. La pistola. La esgrimió de nuevo y los rayos iniciaron una feroz matanza.

Las criaturas iban cayendo fulminadas, pero la voz de Bor, en alguna parte vaticinaba el final:

—Sólo conseguirás retrasar el fin, extranjero,

Y Stanislas gritó:

—¡No te escondas, maldito! Yo no busqué esto. Vine en son de paz, Pero si te empeñas en presentar batalla, la tendrás. Mi piel es mucho más cara de lo que crees,

Y Stanislas retrocedió, disparando en círculo, viendo cómo sus rayos alcanzaban a sus enemigos, que caían fulminados.

Consiguió llegar hasta la escalerilla de la nave. Era su último refugio. Allí dentro, con la puerta cerrada, nadie podría atacarle.

Subió la escalerilla de espalda sin dejar de disparar.

No advirtió que detrás le aguardaban dos seres. Ambos portaban unas largas varas metálicas. Uno de ellos iba a golpearle.

Fue el instinto o tal vez la casualidad, qué permitió al piloto advertir el peligro que esquivó, no sin recibir un golpe en el brazo armado, lo cual le hizo perder la pistola.

No había tiempo para recogerla. Lo que se imponía era deshacerse de sus dos enemigos y sujetó al primero, a quien desarmó con una llave, para seguidamente lanzarlo contra el suelo.

Luego dedicó su atención al segundo al que derribó de una

patada.

Iba a lanzarse al suelo para recuperar su pistola, pero cuatro o cinco individuos estaban ya junto a ella. Uno se agachó para recogerla.

No podía hacer otra cosa que encerrarse en la nave. ¡Estaba solo y desarmado ante aquellos seres!

Corrió al Interior y pulsó el conmutador que cerraba la puerta herméticamente.

La linterna había quedado en la escalera; era la única luz de la estancia, pero dentro de la nave, Stanislas ya no la necesitaba. Conectó los potentes reflectores que barrieron toda la bóveda.

Era una explanada de grandes dimensiones, con salidas por varios puntos.

A través de la luz,. Stanislas pudo ver a los seres que se habían quedado, en torno a la nave. Uno de ellos sostenía la pistola, y él sabía que si la utilizaban contra el fuselaje, podían producir serias averías. Sólo tenía un recurso; poner en marcha la nave.

Pulsó los mandos, soltó propulsión y la gran estancia subterránea se llenó con los gases del bólido, levantando un auténtico huracán que empujaba a las criaturas a uno y otro lado. Algunas consiguieron huir, mientras que otras eran arrastradas por el viento.

Stanislas colocó el dispositivo deslizante para que la nave se moviera lentamente y pudiera maniobrar en todas direcciones. Ahora poseía un arma mucho más eficaz que las pistolas, tenía los cañones de defensa y no vaciló en ponerlos en movimiento.

Tiró de los pulsadores y una lluvia de rayos cayó sobre la bóveda. Las piedras se resintieron, produciéndose algunos desprendimientos.

En pocos momentos, Stanislas se había hecho el dueño de la situación; mientras estuviera allí, sería invencible, pero tenía que salir. Tenía que hacerlo para rescatar a Yonia.

Frenó los propulsores y cesó el viento. Algunas rocas habían caído en diversos puntos; era todo lo que quedaba, aparte de los cadáveres de algunas criaturas. Los supervivientes habían huido en diferentes direcciones,

Stanislas tomó entonces una de las armas guerreras de ataque. Era una especie de fusil de cañones cortos, con doble salida de rayos. Tomó una carga de repuesto y salió de la nave, teniendo cuidado de cerrar la puerta.

Asomó por el corredor por el que las criaturas se habían llevado a Yonia y comprobó que era imposible pasar con la nave. Tenía que seguirles a pie. Regresó a la nave y tomó uno de los faros portátiles de gran potencia.

Luego pensó unos instantes y puso nuevamente el vehículo en marcha. Tenía que pensar en todo, sobre todo, en la huida.

CAPÍTULO XIX

Stanislas avanzó por uno de los angostos corredores del subterráneo en busca de Yonia.

Llevaba encendido el potente faro en una mano, y sostenía el fusil de doble cañón en la otra.

Tras un corto recorrido, al llegar a una esquina creyó ver una sombra y disparó sin vacilar.

Consiguió abrir un boquete en la pared y provocar un pequeño desprendimiento.

Todo había sido una falsa alarma y prosiguió su camino. Eligió la desviación y avanzó por una galería más ancha.

Otro ruido le hizo volverse súbitamente y entonces vio aparecer a una de las criaturas que, al verle, echó a correr,

Stanislas se lanzó en pos de él y consiguió atraparlo. El pequeño resultaba fácil de manejar, y Stanislas no se anduvo en contemplaciones. Lo empujó hacia la pared y le metió los dos cañones de su fusil entre los ojos.

—¡Dime dónde la habéis llevado! ¡Dímelo o acabo contigo ahora mismo!

No hubo respuesta. La misma impasibilidad de siempre.

—No bromeo, amigo. Y te aseguro que vuestra apariencia ya no me merece la menor compasión.

El muchacho —la criatura— emitió un extraño gruñido que fue contestado tras él.

El piloto se volvió y vio aparecer a dos nuevas criaturas. Disparó contra ellos fulminándoles, mientras el que tenía sujeto intentaba la huida, que no consiguió porque Stanislas disparó también contra él.

Tenía nuevamente el camino libre, pero la aparición de aquellos tres seres le dio la idea.

«Han salido de ahí. Seguramente ese es el camino», se dijo, y avanzó por la otra galería.

De nuevo, su potente foco iluminaba todo lo ancho del sendero y Stanislas pudo avanzar sin tropezar con ningún otro obstáculo.

Llevaba ya algún tiempo perdido entre los cruces y nuevas galerías que surgieron a su paso.

Se sentía cansado, pero sabía que no podía desfallecer. Cualquier vacilación en aquellos momentos podía ser fatal, para él y para la muchacha.

Se apoyó en una pared y repuso fuerzas. ¿Dónde estaba ella? ¿Qué hacían con los que secuestraban? ¿A qué parte de aquel subterráneo los llevaban?

Un grito tremendo, parecido al que había escuchado antes, junto

con Yonia, cortó sus pensamientos.

Era un estertor interminable, cuyo eco retumbó por todo el ámbito de aquella grandiosa e interminable cueva.

Stanislas saltó hacia adelante, buscando el origen de aquel horroroso chillido de muerte.

Corrió con todas sus fuerzas por una galería ancha y desigual. Tropezó varias veces, pero supo aguantar el equilibrio sin interrumpir la carrera.

El eco del grito se prolongó durante bastante tiempo y Stanislas tropezó una vez más.

Aquella vez, el esfuerzo le había vencido, y cayó de bruces. El foco de su linterna alumbró algo que Stanislas no atinó a ver, preocupado en reponer fuerzas.

Fue cuando intentaba levantarse. Entonces aquello le llamó la atención, mientras un escalofrío recorría su columna vertebral.

Avanzó hacia aquellos objetos de formas características, y ya no tuvo dudas respecto a lo que eran.

Huesos.

Huesos humanos.

Huesos pertenecientes a un ser más o menos de su propia raza. .

Más allá del primer hallazgo, encontró un par de cráneos, tibias, huesos procedentes de brazos y piernas.

Luego estaba el agujero. Un auténtico osario.

¡Estaba en un cementerio!

La luz buscó por todos los rincones de la pared. Olió y creyó notar un hedor nauseabundo.

Olor a muerte.

Su linterna enfocó un rincón de la estancia y vio algo que también reconoció perfectamente. Era un macuto de los usados para transportar lo imprescindible en las exploraciones. Corrió hacia él y encontró un estuche de herramientas y una linterna rota. Era todo lo

que quedaba.

La inscripción del macuto correspondía a la nave a que pertenecía y el número.

Era fácil averiguar quién era —o quién fue— el propietario de ello.

Una carpeta electrónica que llevaban todos los pilotos facilitaba la búsqueda.

Stanislas buscó en su carpeta y halló en seguida el nombre.

—Profesor Strasby —murmuró.

Recordaba al profesor. Fue uno de los que habían salido en busca de las dos expediciones de turistas, perdidas tras el punto límite.

«Strasby había descubierto esto», pensó. Y al ir a dejar el macuto, vio que, bajo él, medio oculto entre las piedras, había un pequeño grabador. Seguramente había quedado allí olvidado.

Stanislas pensó que aquello podía ser una fuente de información, y lo puso en marcha.

Una voz pausada y suave surgió por el diminuto altavoz. Era la voz de Strasby:

«He sido secuestrado en una de esas extrañas noches del planeta...», empezaba la grabación.

CAPÍTULO XX

El silencio era absoluto en el recinto. El hedor se hacía cada vez más penetrante, pero para Stanislas lo más importante era el mensaje magnetofónico contenido en aquel pequeño aparato.

Buscó un lugar donde esconderse. Cerró la linterna y prosiguió la escucha de la grabación.

«He sido secuestrado en una de esas extrañas noches del planeta. Intenté resistirme, pero fue inútil. No me hicieron ningún daño,

únicamente me separaron de mis compañeros. Nos habíamos dividido en grupos para explorar el planeta donde sólo vimos unos niños jugar...»

Aquí la grabación se interrumpía, y luego seguían unos gruñidos, que Stanislas conocía bien.

Luego, de nuevo la voz del profesor, menos serena, algo más alterada, pero siempre clara, aunque muy queda:

«No he podido seguir, creo que me han golpeado... Me he despertado en un lugar oscuro. Noté que me lo habían quitado todo, sólo me dejaron unas herramientas que donde estoy no podrán servirme de nada. Ignoro dónde estoy. El grabador debió caer del macuto, y mis secuestradores no lo han encontrado. Yo sí. Al tantear el suelo, lo encontré. Esta es mi única fuente de información, por si alguien con más suerte consigue llegar a este lugar y encontrarlo...»

Nuevo cese para proseguir seguidamente:

«No sé si porque mis ojos se han ¿acostumbrado a la oscuridad o porque entra luz por alguna parte, consigo ver el sitio donde me hallo. Parece un subte...»

El profesor no terminaba la frase, que era interrumpida por aquellos sonidos que emitían las criaturas.

El sonido persistía, y la cinta seguía un buen trecho sin grabación alguna. Luego la voz de Strasby proseguía, ya sin serenidad alguna:

«Estoy... He despertado otra vez y he oído un grito terrible. Alguien ha gritado un nombre. Me parece que era Skant... Skant era nuestro piloto...»

Aquí, Stanislas recordaba perfectamente a uno de los pilotos desaparecidos en las primeras expediciones exploradoras, que volaron más allá del Límite.

La voz del profesor, ostensiblemente alterada, proseguía:

«Algo deben haberle hecho al piloto, o a alguno de nosotros. Ignoro la suerte de los demás, pero empiezo a ver claro. Estamos en un planeta de...»

Interrupción, y un grito tremendo. Luego la voz de Strasby con

acento tembloroso:

«He podido grabarlo. Otro grito... Otro grito como el que oí.»

Sí. Era un grito horroroso, como el que Stanislas había escuchado ya por dos veces.

«Algo muy grave está sucediendo en este lugar. Los extraños pigmeos asesinan, pero ignoro con qué objeto. Lo que sí es verdad es que carecen de armas, excepto las que nos roban después de desvalijarnos. Aprovechan la noche. Ellos pueden ver. Pueden ver en la oscuridad...»

Una pausa y un temblor más acusado.

«Ha pasado algún tiempo. He oído nuevos gritos de terror como el que conseguí grabar. Estoy desfallecido. Temo la verdad. La horrible verdad.»

Los gruñidos podían percibirse a través de la grabación, junto con los jadeos del profesor Strasby, demasiado cansado o quizá demasiado aterrorizado para proseguir su relato.

Stanislas continuó escuchando. La cinta continuaba sin reproducir más grabación que aquellos gruñidos.

La voz de Strasby sonó por última vez:

«Vienen a buscarme. Lo sé... Y temo lo que me espera... He visto a uno de ellos. Llevaba en sus manos.,, ¡Aaaah!»

El grito cerraba aquel documento vivo que había quedado por concluir.

Stanislas guardó el pequeño grabador en su macuto. Inspiró profundamente, y cuando el penetrante hedor llegó a sus pulmones, sintió náuseas; sin embargo, aquello podía servirle de guía porque la procedencia de aquel tufo estaba cercana.

Stanislas sólo podía pensar en una cosa. En un cementerio insepulto. Un lugar donde la carne humana se estuviera pudriendo...

CAPÍTULO XXI

El olor pestilente le llevó hasta la nueva galería. Iba a penetrar a tientas cuando una luz cegadora hirió sus ojos.

¡Era luz natural!

En alguna parte se había abierto una puerta que comunicaba con el exterior.

Stanislas se pegó a la pared y aguardó. Un ruido procedente de alguna parte llamó su atención. Aguardó y pudo observar con estupor lo que estaba ocurriendo.

Por una de las galerías varias criaturas transportaban un cuerpo humano.

Los ojos de Stanislas se agrandaron. En la distancia no podía distinguir la identidad del ser inconsciente que era llevado por media docena de criaturas, que cruzaron la abertura que comunicaba con el exterior.

Instantes más tarde, desaparecieron por otra galería para reaparecer seguidamente, después de haber dejado el cuerpo en algún lugar.

Stanislas salió de su escondrijo, y corrió hacia el extremo iluminado del corredor.

Asomó unos instantes para evitar ser descubierto. Tuvo suerte porque las criaturas habían desaparecido en un recoveco.

Corrió hacia el extremo donde aparecía la salida en forma de un agujero de grandes dimensiones, formado por la misma roca.

Asomó y a punto estuvo de caer en un profundo precipicio. No era ninguna salida, sino un abismo que se perdía en las entrañas del planeta.

Stanislas volvió sobre sus pasos para tratar de encontrar el lugar donde habían dejado aquel cuerpo.

Se adentró por la galería donde habían estado antes los indígenas y avanzó unos metros.

Allí estaba, sobre una roca rectangular y plana. Era como una mesa, que parecía hecha adrede para contener algo. Larga y lisa. Cabía perfectamente un cuerpo.

Se aproximó a él. Allí la luz era menos intensa, pero podía distinguirse bien un rostro.

El rostro de aquel cuerpo.

—¡Milkanik! —exclamó Stanislas para sí.

Estaba desnudo. Habían quitado sus ropas y ahora, al recorrer con los ojos su cuerpo, observó algo que le llenó de espanto, algo que en la penumbra no había observado en el primer momento.

Milkanik, su antiguo ayudante, tenía vacías las cuencas de los ojos. ¡Se los habían vaciado!

Apartó un momento la mirada de aquel macabro espectáculo, para reponerse en seguida y comprobar que estaba muerto.

Asoció el grito —los gritos— que había oído con aquella salvajada, y murmuró algo imperceptible.

Los sonidos de las criaturas —aquellos extraños gorjeos, con los que ya empezaba a familiarizarse— le volvieron a la realidad.

¡Volvían hacia allí! ¡Los malditos! Sentía deseos de terminar con todos.

Pero tenía que contenerse. Encontrar primero a Yonia, si es que

todavía se hallaba con vida.

Salió de la cavidad para buscar protección entre las rocas de otro corredor.

Los seres regresaban transportando otro cuerpo cuya cabeza colgaba hacía atrás.

Stanislas se hallaba ahora más próximo, y en el lugar donde la luz del exterior era mayor.

Fijó sus ojos en aquella cabeza y reconoció en seguida a Dobertholt.

Durante unos instantes, la mirada del piloto buscó los ojos de Dobertholt, y comprobó que estaban igualmente vacíos.

Pensó otra vez en los gritos, y murmuró para sí:

—Les arrancan los ojos.

Los que transportaban el cuerpo de Dobertholt lo depositaron en otra roca plana, cercana a la que se hallaba el cadáver de Milkanik, y aquella vez ya no salieron de allí.

Luego, cuando Stanislas iba a asomarse, tuvo qué retroceder porque aparecieron nuevos muchachos que parecían tener prisa para reunirse con los demás.

El piloto perdió la cuenta de la cantidad de seres que corrían para concentrarse en la estancia donde se hallaban los dos cadáveres.

¿Qué clase de ceremonia iban a realizar? ¿Qué pretendían hacer con aquellos cuerpos?

Salió por fin de su parapeto, cuando un estruendo resonó por toda la cavidad, en el mismo instante que todo oscureció. ¿Qué había sucedido?

Stanislas lo comprendió, al volver los ojos al lugar donde antes estaba el agujero que comunicaba con el exterior. La salida que comunicaba con la sima exterior acababa de ser tapiada por una roca.

El piloto pensó que los seres de aquel habitáculo debían tener algún sistema especial para abrir y cerrar las aberturas. Un sistema tan primitivo como el de los puentes levadizos.

Sin embargo, en aquellos momentos lo importante era no ser descubierto, y la oscuridad total, una vez más, favorecía a los propietarios del habitáculo.

Se deslizó pegado a la pared hasta enfilar por la galería del olor nauseabundo.

Subió, bajó y caminó por nuevos recovecos hasta alcanzar un lugar donde el olor nauseabundo llegaba a su grado máximo.

Tanteó la pared y retiró la mano con repugnancia, Acababa de tocar una cosa viscosa.

Aguzó el oído y percibió unos extraños ruidos; eran como una especie de silbidos, o quizá un bisbiseo extraño. Desde luego, diferente a los gruñidos de los habitantes del lugar.

Avanzó un paso sin hacer el menor ruido y notó que su pío había tropezado con algo blando.

Casi al mismo instante sintió que algo rozaba la pernera de su pantalón. Instintivamente, dio un manotazo y apartó algo que se estaba moviendo. Algo igualmente viscoso.

¡Tenía que saber dónde estaba! ¡Tenía que conocer a sus posibles nuevos enemigos!

Conectó la linterna, y cuando vio aquello, tuvo que contenerse para no gritar.

CAPÍTULO XXII

Sobre la superficie irregular, crecían unas formas extrañas, alargadas, que se balanceaban en continuo vaivén; por sus formas, eran semejantes a crótalos. ¡Crótalos adheridos a la superficie rocosa! ¡Y estaban vivos!

Stanislas se hallaba en medio de aquellas extrañas plantas, de las que se apartó rápidamente.

De las cabezas de aquellos horribles bichos surgía el continuo bisbiseo, mientras continuaban moviéndose.

Pero Stanislas descubrió todavía algo más. Algo mucho más espantoso y repugnante.

Entre aquel inenarrable sembrado había restos putrefactos de carne humana.

Y las plantas vivientes se inclinaban engullendo aquella carne que deglutían rápidamente, sin cesar en su bisbiseo.

El espectáculo era realmente inaguantable, y Stanislas retrocedió, apartándose de aquella visión de pesadilla.

Apagó la luz y tuvo que apoyarse en la pared, cuando los gruñidos característicos le hicieron volver de nuevo a la realidad. Se acercaba alguien, y el piloto aguardó hasta sentir la cercana presencia de varios habitantes del planeta. Luego escuchó un ruido de algo al chocar contra la piedra, y oyó como los débiles silbidos de las plantas vivientes aumentaban. Percibió el continuo deglutir de los crótalos

plantados, y, aun sin verlo, intuyó lo que estaba ocurriendo.

¡Las plantas comían!

Los habitantes les habían llevado comida fresca, y Stanislas creyó adivinar la verdad.

Hasta aquel momento no se habían formulado una pregunta elemental:

¿De qué vivían aquellos seres? ¿De qué se alimentaban?

Las plantas vivientes podían ser la respuesta. Plantas carnívoras que, a su vez, necesitaban alimentarse,

Aquella podía ser una de las despensas del planeta, una despensa viviente que necesitaba carne... carne humana para crecer...

* * *

El fin que le esperaba a Yonia era perfectamente previsible. Y Stanislas, por primera vez, en aquel mundo desconocido, extraño e inexplicable, se sentía solo; pero no había renunciado a la lucha.

La idea de que Yonia fuera pasto de aquellas repelentes plantas carnívoras, le dio nuevos bríos.

Continuó su odisea, en medio de las tinieblas; cuando se creía lejos de las frías miradas de los moradores de aquel habitáculo, trataba de orientarse conectando la linterna.

De nuevo se sintió cercano a la zona que desprendía el olor nauseabundo.

Surgió la claridad, y comprendió que había estado dando vueltas sobre el mismo círculo. Se hallaba ante la abertura que comunicaba con el abismo.

La gran losa se había desprendido, y ahora formaba un pasadizo para salvar la sima.

Stanislas corrió hacia la desembocadura y se asomó. No vio a nadie, y cruzó el improvisado corredor.

Por primera vez en mucho tiempo, pudo respirar el aire del exterior y trató de orientarse.

Comprendió que se hallaba en el desnivel inferior del terreno que concluía con aquella entrada secreta a la cueva.

Ascendió rápidamente y confeccionó un croquis mental de la situación.

Se hallaba en la parte posterior de las edificaciones uniformes. El llano inclinado —la pendiente del planeta— era la causa de que después de haber descendido a varios metros de profundidad, se hallara de nuevo a nivel del suelo.

Dedujo también que la cavidad subterránea no era tan grande como se desprendía del mucho camino que creía haber recorrido. Pensó que, más o menos, había estado dando vueltas hacia los mismos lugares y se dispuso a entrar de nuevo.

Se abstuvo de hacerlo cuando vio aparecer a dos criaturas que parecían otear el sendero.

Pegado al suelo vio, lleno de estupor, lo que sucedió a continuación.

Un ingente ejército de aquella extraña gente con aspecto aninado, provistos de cuerdas, tiraban de una nave. ¡La nave con la que había llegado Dobertholt al planeta.

La nave era empujada cuando el que comandaba la expedición con un gruñido daba la voz de mando.

«Deben esconderías en algún lugar —pensó Stanislas—. Y luego las entran por aquí. Esa debe ser la única entrada y salida natural de la cueva.

Entonces comprendió:

«Las chozas están deshabitadas. Su auténtica morada es el subterráneo.»

Pegado en el suelo, observó los esfuerzos de aquella raza enana para meter la nave en la cueva.

Salió para entrar nuevamente y alguien emitió un gruñido.

¡Le habían descubierto otra vez!

Soltaron la nave, justo a la entrada de la cueva y se volvieron hacia él.

—¡Apartaos! —exclamó Stanislas, y comenzó a disparar con su rifle de dos cañones.

El fuego de los rayos fulminó a cuantos se interpusieron en su camino. Así consiguió llegar junto a la nave, cuya puerta abrió con su control remoto.

Los supervivientes de la escaramuza desaparecieron por una galería, y Stanislas, dentro de la nave, les persiguió poniéndola en movimiento y alumbrando con sus potentes focos.

Por un corredor demasiado estrecho, el metal del fuselaje chocaba contra las rocas salientes, pero no le importaba en absoluto destrozarla. Le quedaba la suya, si es que podía llegar a usarla.

En su aterrorizada huida, las criaturas le llevaron a otra de las dependencias.

Antes de llegar a ella, sabía que allí iba a encontrar a Yonia.

Escuchó su grito a través de los receptores de exterior. Era un grito de espanto y de súplica a la vez:

—¡No! ¡Noooo!

Pensó en los compañeros que había visto, sin ojos, e imaginó el martirio que le aguardaba a Yonia si no llegaba a tiempo para impedirlo.

CAPÍTULO XXIII

Allí estaba ella, sujeta por varias criaturas. La habían despojado de sus ropas y la mantenían inmóvil. Unos le sujetaban las piernas, los otros la mantenían con los brazos separados del cuerpo.

Yonia hacía constantes esfuerzos por librarse de aquellas manos pequeñas, pero poderosas, que le impedían moverse.

Separaron sus piernas para que no pudiera forcejear, y ella apenas si podía jadear, exhausta de los esfuerzos y atemorizada ante un fin que ignoraba en qué iba a consistir.

Entonces se aproximaron dos criaturas, provistas de un punzón cada una.

Yonia miraba con sus ojos casi fuera de sus cuencas, a los dos nuevos personajes que se acercaban a ella.

Lentamente, como si se tratara de una ceremonia, los dos seres con aspecto aniñado llegaron junto al improvisado lecho de piedra. Subieron sobre una roca más pequeña para situarse a la altura de la muchacha y se colocaron muy próximos a su cabeza.

—¡No, no! —gritó ella.

Vio avanzar aquellos punzones, semejantes a uñas afiladas. Los vio avanzar hacia sus ojos y escuchó ¿os gruñidos de las criaturas.

En el paroxismo de su miedo, lanzó un auténtico alarido, y con un esfuerzo supremo trató de librarse inútilmente de los que la inmovilizaban.

Era inútil. Demasiados para poder vencerles, y los punzones estaban ya muy cerca de sus ojos.

Era el fin.

En el corredor corrían alocados los supervivientes de la última lucha con Stanislas. Y él —el piloto— seguía tras ellos, dentro de la nave, persiguiéndolos.

Había escuchado de nuevo el grito de la muchacha y comprendía que el peligro era inminente.

La nave, al reducirse el túnel, quedó empotrada, y Stanislas saltó de ella para proseguir a pie. Dejó abiertos los focos para poder ver, y estar en igualdad de condiciones que sus enemigos. Ahora ya no le importaba ser visto. Luchaba contra el tiempo. Quizá contra lo imposible.

En una bifurcación, sus perseguidos parecieron desaparecer. Mientras trataba de orientarse, un rayo cruzó cerca de él.

Instintivamente, se echó al suelo. Comprendió lo que sucedía. ¡Le estaban atacando con sus mismas armas!

«Tienen tas pistolas que han ido recogiendo», se dijo a sí mismo, mientras una lluvia de rayos mal dirigidos invadían el túnel.

Por la trayectoria de los rayos pudo apreciar la situación de sus atacantes; cambió de posición y utilizó su fusil de doble potencia.

Con él en la mano, avanzó a pecho descubierto, en una dantesca lucha a muerte.

Sabía que cualquiera de aquellos rayos podía fulminarle, pero estaba dispuesto a morir luchando por la libertad, y para salvar a Yonia. La única superviviente.

El nuevo alarido de la muchacha resonó muy próximo. Era el momento en que ella había visto cerca de sus ojos aquellos punzones que pretendían vaciar sus cuencas.

Stanislas redobló sus esfuerzos hacia la salida del túnel. Presentía que a escasos metros se estaba desarrollando el drama.

Sus rayos habían limpiado el camino de enemigos, pero todavía quedaban más criaturas, dispuestas a eliminarle.

Se encontraba a muy escasos metros de la sala donde mantenían a Yonia sujeta.

Los gritos y el fragor de la lucha parecían haber hecho vacilar a los verdugos de la muchacha.

Stanislas alcanzó, de un salto, la galería y observó la escena.

—¡Quietos! —gritó.

Otra vez se encontraba con el dilema de no poder disparar. ¡Ella estaba allí!

—¡Adelante! —gritó la voz que el piloto reconoció al instante,

Era Bor y estaba detrás suyo.

Se volvió,

Bor llevaba en la mano una pistola.

Stanislas se la arrebató de una patada. Bor quedó indefenso y retrocedió.

Stanislas le alcanzó rápidamente y le sujetó con fuerza con la mano libre, sin dejar de encañonar a los demás.

—Tú debes ser quien da las órdenes aquí. Eres el único que habla mi idioma —murmuró.

Bor guardó silencio, y Stanislas observó a los demás. Entonces vio cómo los que llevaban los punzones se volvían hacia el prisionero de Stanislas.

Todos se habían paralizado. Estaban a la expectativa. Sin duda, aguardaban órdenes.

—Bien... Esto está muy bien... Conque eres el jefe, ¿verdad? Ya me lo pareció a mí... Ahora ordenarás a tus sicarios que suelten a Yonia. ¡Ahora mismo, Bor!

Bor guardó silencio.

—No emplees el mismo truco que los demás. Lo arrasaré todo y tú sabes que puedo hacerlo.

—Quedarás para siempre en esta cueva. Sólo unos pocos saben

cómo funciona la losa. Y no podrás llevar tu nave por el agujero que hiciste. Aunque salgas, morirás.

Bor hablaba pausadamente, tranquilo, sereno, como si el peligro no le importara en absoluto.

Tras una pausa, añadió:

—Nosotros somos débiles. Nuestra civilización es inferior a la vuestra, pero no necesitamos más. Nos basta con que nos visiten de vez en cuando. Siempre tenemos reservas.

—¿Reservas?

—Sí. Vuestros cuerpos son el mejor alimento para nuestros comestibles. Nuestras plantas crecen más aprisa y resultan mucho más sabrosas.

—¡Las alimentáis de carne humana!

—La de vuestro planeta es la mejor. Es todo lo que necesitamos... Quizá nos consideréis primitivos, pero para vivir no se necesita mucho. Y éste es nuestro sitio y nuestra ley. Os necesitamos para subsistir.

—Regresaré, Bor. Regresaré a mi habitáculo, y haré que se lancen proclamas por todo el Cosmos para que todos sepan cómo es vuestro miserable planeta. No os atacaremos, pero jamás nadie volverá a pisar ese inhóspito suelo y ya no tendréis alimentos con que subsistir. Moriréis porque vuestra miserable vida sólo sirve para matar.

—¿No matáis vosotros a los animales para subsistir? ¿No vais de caza? ¿No ponéis trampas para procuraros alimentos?

—Los animales son una raza inferior, Bor. Es la ley.

—¡Es vuestra ley! ¿Qué dirías si te dijera que para nosotros, vosotros sois simple abono para nuestras plantas?

—Está bien, Bor. A tu modo puede que tengas razón, pero a los animales les damos una oportunidad para salvarse. Vosotros no dais ninguna.

—Tampoco os atraemos. Es vuestra curiosidad. Ese es nuestro cebo. Explotar la curiosidad de los que os creéis superdesarrollados.

—Basta ya, Bor. No quiero discutir. Esto es una lucha, y ahora te ha tocado perder. Ordena que suelten a Yonia, o lo destruiré todo,

—Tú también morirás, y ella... —murmuró Bor.

A pesar de su aparente serenidad, Stanislas sospechó que su enemigo tenía miedo, tanto como el que podía experimentar Yonia en aquellos instantes de tensión.

Se había producido el silencio. Una quietud tensa, como si dos fuerzas ocultas lucharan sin palabras para vencer al contrario.

Nadie se movía en el interior del subterráneo, y Stanislas, con el antebrazo, apretó el cuello de Bor, y murmuró:

—Te voy a matar con mis propias manos.

Entonces, Bor gritó:

—¡Quitadle los ojos!

Y sus sicarios le entendieron perfectamente.

CAPÍTULO XXIV

Bor quiso demostrar que estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias.

—Si sales con vida y cuentas lo que sabes, moriremos también. Así es que no importa cómo.

La guerra, a partir de ese momento, tenía que ser total. A vida o muerte.

Parte de las criaturas se colocaron a un lado, portando pistolas. Al otro lado se colocó también una batería de seres armados.

—Sólo las usamos para casos como éstos —siguió Bor.

—Nos hundiremos, Bor. Te lo advierto por última vez —espetó Stanislas.

—Es posible.

—Bien. Tú lo has querido, Bor.

Y Stanislas, sin soltarlo, parapetándose tras él, abrió el chorro de fuego de sus dos cañones.

Toda la potencia de sus rayos, conectada al máximo, llenó de fuego la cueva; pedazos de roca se resquebrajaron y la bóveda tembló. Una gran roca se desprendió del techo, aplastando a varias criaturas cerca de la mesa donde Yonia continuaba sujeta.

El temblor era total y el subsuelo se agrietó.

Stanislas seguía abriendo fuego en todas direcciones. La raza enana, menos experta, disparaba también en aquella guerra relámpago, que se sucedía infinitamente más de prisa de lo que se tarda en relatarlo.

Stanislas saltó hacia el lado donde se hallaba la mesa de piedra, y barrió a varios enemigos; otros se alejaban ante la inminente caída de otro pedazos de roca,

Yonia podía ya moverse, y Stanislas, con la mano libre, la ayudó.

Pero momentos antes había tenido que soltar a Bor para dedicarse a Yonia, y el jefe de aquella raza tenía ya en sus manos una pistola.

—¡Al suelo! —gritó Stanislas.

El rayo quemó superficialmente la desnuda piel de Yonia, y Stanislas desde el suelo fulminó a Bor, a quien el chorro de fuego volatilizó en unos segundos.

La desaparición de Bor pareció provocar el pánico. Los supervivientes de la bóveda quedaron paralizados, mientras los temblores de tierra aumentaban de intensidad.

En alguna otra parte de la cueva retumbaban las paredes y se producían nuevos desprendimientos.

Allí mismo, donde ellos mismos se hallaban, la estancia se había llenado de obstáculos; por doquiera caían gruesas piedras.

—¡Por ahí! —gritó Stanislas, conduciendo a la muchacha hacia la salida.

No por ello dejaba de observar a sus enemigos, que habían dejado de atacar, como si faltándoles el jefe, dieran ya por perdida la batalla.

Sin embargo, el peligro ahora estaba en los derrumbamientos. La acción corrosiva de los rayos había resquebrajado aquella estructura natural.

De lo más profundo, una masa entraba en ebullición y amenazaba con volar el subterráneo.

Parte del techo saltó por los aires.

—¡Un volcán! —gritó ella.

—¡De prisa! —exclamó Stanislas, corriendo ya por otra galería para encontrar la salida cuanto antes en medio de un estruendo indescriptible.

En algún lugar, un viejo cráter pareció cobrar vida. La lava afloró a la superficie y fue empujada hacia lo alto, mientras la cueva, irremisiblemente, se desmoronaba.

—¡La puerta! —gritó Stanislas—. ¡Vamos! Déjé la nave escondida cerca de aquí. ¡No te muevas! Si esto se derrumba, sal fuera. ¡Sálvate!

Corrió Stanislas en medio del estrépito, de las explosiones y de la lluvia de lava que se desparrama ya por la superficie del planeta.

Seguían cayendo trozos de roca, y algunos de los pasadizos estaban totalmente interceptados.

En medio de aquel caos y luchando contra un peligro mayor, si cabe, que el que en su momento representaron los habitantes de aquel lugar, Stanislas consiguió encontrar la nave. Miró en derredor y vio que todavía quedaba alguna zona por la que poder sacarla de allí. Subió rápidamente y la puso en marcha.

Los mandos respondieron perfectamente y el vehículo se deslizó, levemente elevado de la superficie.

Stanislas tuvo que dar algunas vueltas para poder pasar en medio de los obstáculos. Al fin vio el camino expedito, y a Yonia que corría para subir.

Entonces la losa que estaba levantada en forma de puente sufrió una sacudida y obstruyó la salida.

—¡Mira, Stanislas! —gritó ella.

—¡Sólo faltaba esto!

Los minutos en el interior estaban contados. Aquello era un auténtico hervidero de destrucción.

—Los rayos deben haber provocado la erupción del volcán —murmuró ella, mientras Stanislas ponía en marcha los cañones de la nave para atacar el muro que le impedía la salida.

La salida del fuego destructor provocó una explosión mucho mayor todavía. La gruesa roca recibió el impacto del fuego, pero los desprendimientos colocaron una auténtica muralla de roca ante la salida.

—¡Es inútil! —exclamó Stanislas—. Estamos emparedados.

Hizo dar un giro a la nave.

—¿Qué pretendes?

—Tiene que haber alguna otra salida.

—Bor dijo que no.

—Con los desprendimientos habrá algún agujero, y tengo que encontrarlo.

Yonia parecía más segura al hallarse al lado del piloto; no obstante, comprendía las terribles dificultades.

—¡Cuidado! —gritó al ver el grueso volumen de una roca que caía sobre la nave.

Stanislas maniobró rápidamente, impidiendo que la piedra aplastara el vehículo.

Cada vez era más difícil la situación.

—¡Por allí! —gritó ella.

Como un alud surgieron una lluvia de piedras, y Stanislas, una vez más, tuvo que poner a prueba su pericia y sus reflejos.

Pequeñas piedras rebotaban en el techo de la nave y otras caían a los lados, formando paredes infranqueables.

En pocos momentos quedaron completamente bloqueados, La nave en la cueva resultaba un objeto grotesco, pero sobre todo completamente inservible.

—Estamos atrapados —murmuró ella.

—Sí, querida Yonia. Lo estamos... Este puede ser el fin, pero aún tengo aliento.

Se hizo un silencio. A Stanislas le sobraba voluntad, pero le faltaban medios.

—Vístete con los trajes de repuesto, Yonia. Saldremos, exploraremos el terreno.

CAPÍTULO XXV

Momentáneamente, todo parecía haber vuelto a la normalidad, excepto la situación en el interior de la cueva.

El ruido había cesado; sólo el lejano rugir de la lava, al salir por un cráter.

La atmósfera se había enrarecido en el interior y hacía calor, un calor insoportable.

Stanislas y Yonia, ya vestida otra vez, se abrían paso entre las rocas desprendidas. Sudaban copiosamente, y notaban la falta de un oxígeno puro que dificultaba su respiración.

Llevaban ya algún tiempo fuera de la nave. Yonia tosió, exhausta, falta de aire.

—Volvamos a la nave —decidió él.

Iban a retroceder cuando sonó la nueva explosión, más fuerte que las demás. Tuvieron la sensación de que todo se desmoronaba sobre sus cabezas.

—¡Al suelo!

Stanislas tiró de ella y luego, en el suelo, se arrastraron hasta el hueco que había quedado entre otras rocas desprendidas.

La lluvia de piedras retumbó en toda la bóveda de la sima. Las paredes se agrietaron, cayendo piedra sobre piedra, y la techumbre se vino abajo constantemente. Todas las galerías, toda la cavidad, se estaba derrumbando.

Polvo y ruido, explosiones constantes y el fluir de la lava invadía aquellas ruinas rocosas.

Fueron unos minutos terribles, dantescos, vividos en un mundo desconocido, extraño y cruel. Un lugar de pesadilla y de muerte.

Luego todo pareció distinto. La calma, la paz, y el aire puro.

Stanislas comenzó a moverse y asomó unos instantes.

—¡Yonia! ¡Mira!

Sobre su cabeza, sin bóveda alguna, podía verse el firmamento, con toda su nitidez.

—¡Yonia!

Pero ella no contestó.

La sacó del agujero con gran trabajo y observó que estaba inconsciente. Tenía una herida en el rostro.

—¡Yonia!

La auscultó y lanzó un suspiro, al comprobar que el corazón le latía.

La llevó en brazos. Ahora sólo deseaba encontrar la nave. Encontrarla en buen estado.

Caminó entre las montañas de piedras. La cueva había desaparecido por completo. Era un paisaje más de la superficie. En alguna parte, el volcán vomitaba lava. Estaba lejos.

Al fin, el piloto dio con la nave. Le habían caído algunas piedras encima y estaba rodeada por completo de rocas, pero no parecía haber sufrido demasiado daño.

Metió a la muchacha en el interior, y la dejó sobre la mesa del pequeño quirófano de emergencias.

Comprobó que los instrumentos funcionaban. Aplicó el oxígeno a la boca de la joven y le dio un masaje vibratorio especial.

Lentamente, Yonia consiguió recobrarse.

—Estamos salvados, Yonia —murmuró él.

—La cueva... —empezó ella.

—No existe. Todo se ha venido abajo. Ahora trataré de poner la nave en movimiento, y nos iremos para siempre.

—Me encuentro mejor.

—Descansa —repuso él.

Se colocó frente al control de los mandos y accionó las palancas.

Algo sujetaba la base de la nave y utilizó las potentes «escobillas electrónicas», provistas de poderosas púas para apartar los obstáculos.

Tardó algún tiempo, pero al fin la nave estuvo libre de estorbos.

—Nos vamos, Yonia. Salimos de aquí —dijo el piloto, y conectó el último mando.

La nave se elevó verticalmente, surgiendo entre los escombros pétreos.

A lo lejos, varios cráteres arrojaban lava, que caía sobre las

falsas moradas de aquella extraña ciudad espacial,

Yonia observó a través del visor.

—Mira... Pronto todo quedará cubierto por un mar de lava.

—Quizá sea mejor así.

—¿Y los supervivientes?

—Es posible que hayan muerto. No lo sé. Pero desde ahora, todo el mundo sabrá lo que hay realmente en el Límite.

EPILOGO

El Límite era ya un punto lejano, una esfera rojiza, una más en la galaxia.

Un lugar de pesadilla y de muerte, que había cobrado con muchas vidas la curiosidad de los investigadores del espacio.

Yonia pensaba en su padre, en su hermano,

—Descuartizados, sirviendo de abono para las plantas. Qué muerte más horrible la suya, y la de todos cuantos tuvieron la desgracia de pisar ese maldito lugar.

La nave volaba automáticamente. Stanislas ya había anunciado su regreso y se aproximó a la muchacha para consolarla.

—Sí, Yonia. A veces hay que pagar un precio demasiado elevado, hasta por la simple curiosidad. Ignoramos todavía tantas cosas...

Luego, Stanislas pensó en las palabras de Bor:

«Esa es nuestra ley. Vosotros matáis a los animales. Para nosotros, también vosotros sois una raza inferior y os necesitamos para nuestra subsistencia. Nuestro cebo es vuestra propia curiosidad.»

Quizá a su modo tenía razón. Pero era terrible, inhumano para la forma de pensar de un habitáculo cultural y científicamente superdesarrollado.

Luego, como hablando consigo mismo, comentó:

—Nunca llegaremos a comprender a las demás criaturas que nos rodean en toda la amplitud del cosmos.

Y abarcó con la mano la inmensa bóveda celeste, poblada de pequeños y hermosos puntos luminosos.

Luego aproximó sus labios a los de Yonia y la besó.

Era el fin de una experiencia. El comienzo de una nueva vida, después de haber estado tan próximos ambos de perderla..

La nave se aproximaba a su lugar de origen.

El planeta conocería, muy pronto, el secreto que se encerraba...

más allá del Límite.

F I N